# CUADERNOS historia 16

# El megalitismo ibérico

## Germán Delibes




233

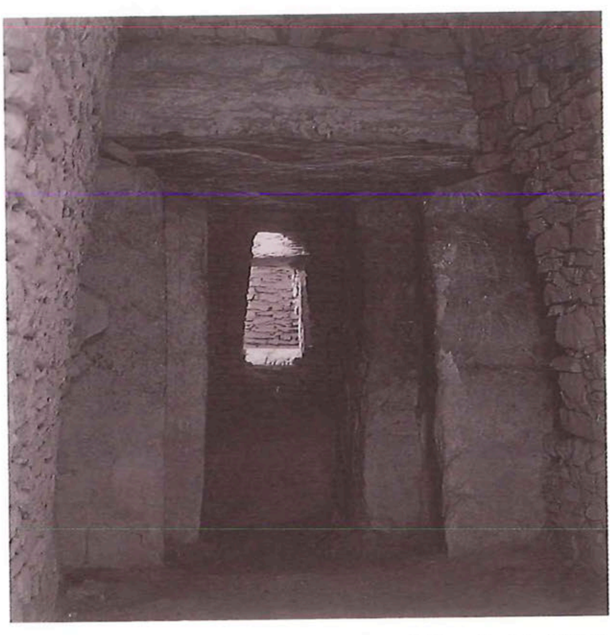
175 ptas

**historia 16**

INFORMACION Y REVISTAS, S. A.
PRESIDENTE: Juan Tomás de Salas.
VICEPRESIDENTE: Carlos Bustelo.
DIRECTOR GENERAL: José Luis Samaranch.
DIRECTOR: David Solar.
SUBDIRECTOR: Javier Villalba.
COORDINACION: Asunción Doménech.
REDACCION: Isabel Valcárcel, José María Solé Mariño y Ana Bustelo.
SECRETARIA DE REDACCION: Marie-Loup Sougez.
CONFECCION: Guillermo Llorente.
FOTOGRAFIA: Juan Manuel Salabert.
CARTOGRAFIA: Julio Gil Pecharromán.
Es una publicación del Grupo 16.
REDACCION Y ADMINISTRACION: Madrid. Hermanos García Noblejas, 41, 6.°. 28037 Madrid. Teléfonos 407 27 00 - 407 41 00.
Barcelona: Paseo de San Gervasio, 8, entresuelo. 08021 Barcelona. Teléfono 418 47 79.
SUSCRIPCIONES: Hermanos García Noblejas, 41. 28037 Madrid. Teléfonos 268 04 03 - 02.
PUBLICIDAD MADRID: Susana Vázquez.
IMPRIME: MELSA.
DISTRIBUYE: SGEL. Polígono Industrial. Avenida Valdeparra, s/n. 28000 Alcobendas (Madrid).
Depósito legal: M. 41.536. — 1985.



*Con el patrocinio cultural de la Junta de Andalucía*



*Corredor del sepulcro de El Romeral, Antequera, Málaga (Archivo ICRBC, Ministerio de Cultura)*

# Indice

## EL MEGALITISMO IBERICO

Por Germán Delibes de Castro
*Catedrático de Prehistoria.*
*Universidad de Valladolid.*

# El megalitismo ibérico

**Germán Delibes de Castro**
Catedrático de Prehistoria.
Universidad de Valladolid.

CON alguna frecuencia en los tratados de prehistoria se tiende a concebir el *megalitismo* como una etapa cultural o fase de la historia de la humanidad, más o menos coincidente con el inicio de la Edad de los Metales. Se trata, sin embargo, de una idea desafortunada, ya que ni el megalitismo fue propiamente *una* cultura, ni puede admitirse que fuera sólo *una* época. Una lectura desapasionada de la realidad arqueológica nos permitiría afirmar, en cambio, que en un momento de la Prehistoria coincidente en líneas generales con los milenios IV y III a. C. numerosas poblaciones europeas de la fachada atlántica, del entorno báltico y de las riberas del Mediterráneo, que ya conocían la agricultura y la ganadería —pero aún no, normalmente, el metal— adoptaron un mismo modelo de tumba construido con enormes bloques de piedra y diseñado, a modo de osario colectivo, para albergar múltiples y sucesivas inhumaciones. Tales sepulcros monumentales constituyen la esencia del megalitismo, de lo cual cabe deducir que dicho fenómeno, en efecto, lejos de ser una época o una cultura, fue simplemente una *circunstancia funeraria* común a una amplia gama de poblaciones culturalmente diversas, aunque coetáneas.

Es necesario subrayar desde un principio, por tanto, que estamos ante un fenómeno esencialmente funerario. En el más estricto sentido etimológico, el término *megalítico* cabría ser aplicado a cualquier tipo de edificación realizada con grandes piedras. Sin embargo, en su más pura acepción arqueológica, el significado es mucho más restringido, quedando limitado prácticamente a las manifestaciones arquitectónicas de tipo sepulcral. El *megalito* viene a ser equiparable al *dolmen* del *argot* popular, cuya definición —en palabras de J. Arnal— podría ser la de *una cámara sepulcral abierta, generalmente megalítica, destinada a recibir varios enterramientos.*

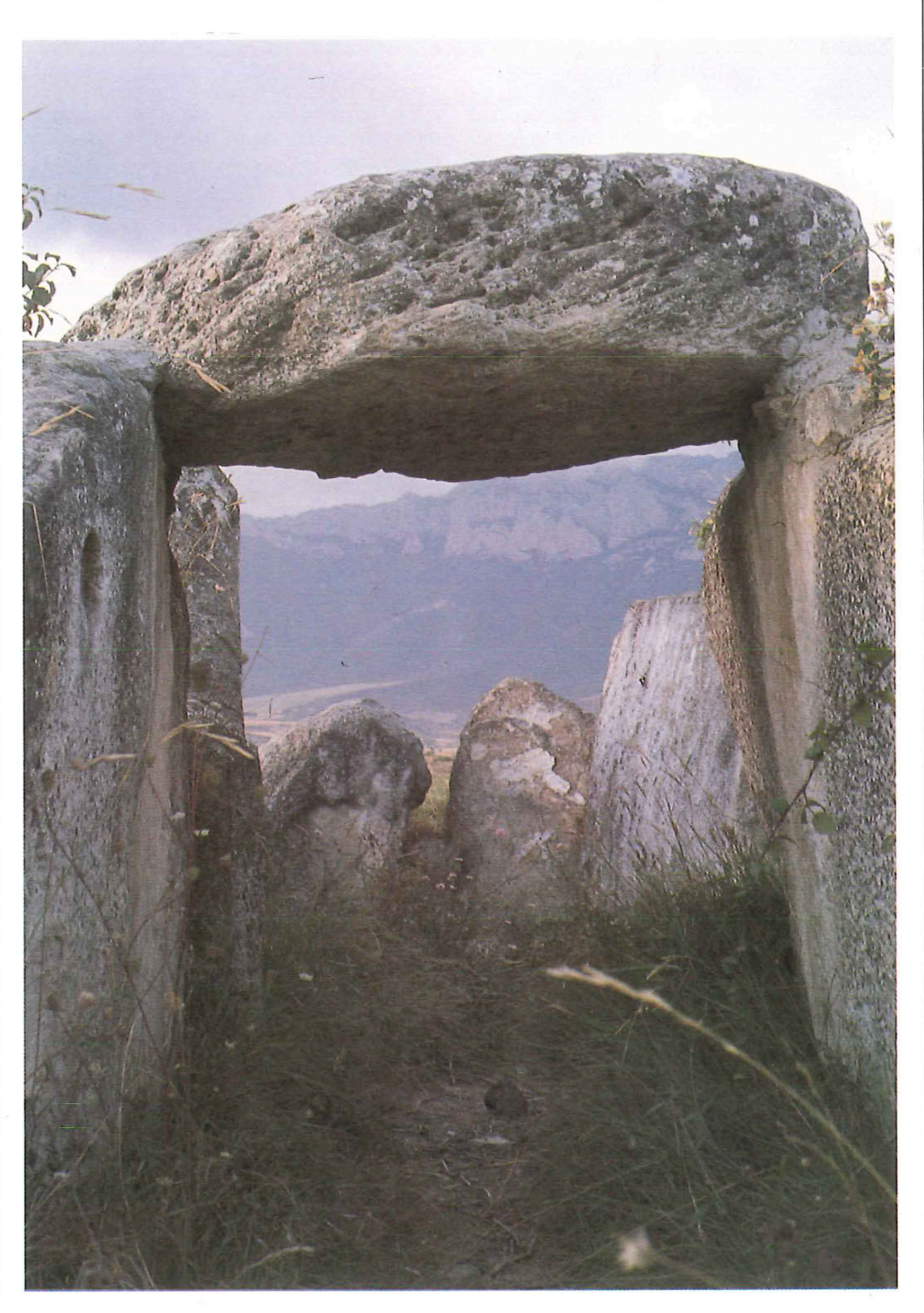
A partir de esta definición, que no vemos inconveniente en asumir, queda claro que cualquier megalito —o, con menor propiedad, como veremos, cualquier dolmen— debe reunir dos premisas: su construcción con grandes bloques pétreos y su condición de depósito funerario colectivo. Ambas se complementan y resultaría enormemente difícil establecer un orden de jerarquía entre ellas, aunque, por paradójico que pueda resultar —como alguna vez ha recordado el profesor Arribas— seguramente habría que recurrir al carácter colectivo de la tumba antes que a la arquitectura monumental a la hora de establecer el rasgo más representativo de estos yacimientos. Esta es la razón por la que, jugando un poco con las palabras, todos los dólmenes —*mesas* de piedra en bretón, por su construcción con varios bloques ciclópeos verticales coronados por una cubierta monolítica horizontal, plana— son megalitos. Por el contrario, no todos los megalitos —las tumbas colectivas edificadas con aparejo pequeño y techumbre cupular también son merecedoras de este título— revisten la condición de dólmenes.

Uno de los aspectos que tradicionalmente más ha llamado la atención en relación con el megalitismo, junto al sorprendente colosalismo de las construcciones —difícil de casar con el exiguo bagaje tecnológico de sus autores—, es el de su amplia extensión. Se ha dicho que la misma afecta prácticamente a todas las tierras del orbe recordando que, además de los monumentos europeos, existen otros en Africa (Túnez, Etiopía...), el Próximo y Medio Oriente (Siria o la India), el Pacífico (Japón) y hasta el Nuevo Mundo. Sin embargo, dada la personalidad y diferente cronología de cada una de tales manifestaciones, hoy se subraya el aislamiento genético de las mismas. Se considera que se trata en casi todos los casos de soluciones funerarias parecidas, pero que fueron adoptadas independientemente en el seno de culturas muy diferentes. La analogía, supuestamente genérica, existente entre los distintos brotes no pasaría de ser, pues, resultado de un simple fenómeno de convergencia tipológica, sin más fondo.

Con mayores dificultades nos topamos a la hora de plantear idéntica cuestión para los megalitos europeos, los cuales, como ya se ha apuntado, se distribuyen por el Báltico (Suecia, Dinamarca, norte de Alemania), por las islas Británicas, Francia, la Península Ibérica, por muy diversos puntos del Mediterráneo Central, y por el Egeo. Las múltiples construcciones megalíticas que jalonan este vasto espacio geográfico revisten, sin entrar en detalles por ahora, cronologías relativamente afines. Ello ha determinado que con asiduidad se considere la tesis de un fenómeno unitario. Hoy la ciencia, empero, discute dicha condición, insistiendo —según veremos detenidamente— en una opción fraccionaria, de varios posibles focos genéticos distintos.

La Península Ibérica, desde que se inició la investigación hace más de un siglo, ha sido considerada sin discusión como uno de los principales baluartes del megalitismo europeo. Han contribuido a ello tanto su posición estratégica, a modo de quicio entre Mediterráneo y Atlántico, como la abundancia de sus manifestaciones dolménicas

*El dolmen, según J. Arnal, es* una cámara sepulcral abierta, generalmente megalítica, destinada a recibir varios enterramientos. *Está formado por varios bloques ciclópeos verticales, coronados por una cubierta monolítica horizontal plana (dolmen típico, en La Rioja)*



—varios miles— que se reparten sobre ella. Abundan en las tierras occidentales —Galicia y Portugal—, Andalucía y los Pirineos, resultando más reservadas en este aspecto las mesetas y el litoral levantino. A ello se une la precocidad de ciertas sepulturas de Alentejo —que rivalizan en antigüedad con las más tempranas construcciones megalíticas de Bretaña, disputándose la condición de primer brote dolménico del área atlántica—. También debe citarse la espectacularidad de los más tardíos sepulcros almerienses, obra ya de poblaciones mucho más organizadas, que conocen el metal y viven en asentamientos más estables, de carácter protourbano. De esta forma habrán quedado expuestas algunas de las principales razones del interés que despierta el tema, y que nos lleva a ocuparnos aquí del mismo.

## Tipología y arquitectura de los monumentos megalíticos

Ya hemos insistido en que el megalitismo es por encima de todo un fenómeno sepulcral, de manera que sólo podrían reivindicar estrictamente el título de megalitos determinadas *tumbas* construidas con *colosales bloques de piedra*. No es menos cierto, empero, que algunas de las poblaciones responsables o usufructuarias de las referidas tumbas fueron también autoras de otros grandes monumentos igualmente de piedra, pero carentes de intención funeraria. Sería el caso de los *menhires* —piedras enhiestas o hincadas— que se disponen aisladamente o formando alineamientos, algunos tan célebres como los bretones de Carnac. Sería también el caso de los *henges,* o círculos rituales de las islas Británicas o, en el Mediterráneo central, de los *templos* de Malta. Afortunadamente, estas manifestaciones que tantas dudas plantean a la hora de ser catalogadas dentro o al margen del fenómeno megalítico, están practicamente ausentes en la península Ibérica —salvo los menhires portugueses, a considerar más adelante—. Ello nos permite entran sin más preámbulos en el análisis tipológico y arquitectónico de las tumbas dolménicas.

La imagen más extendida de un megalito, como una estructura esquelética constituida por bloques en difícil equilibrio, es una simplificación extrema de la realidad. Los dólmenes cuentan, ciertamente, con esa estructura ciclópea que delimita el espacio propiamente funerario. Pero también tienen otra externa, de guijarros y tierra, que abraza a la anterior hasta cubrirla por completo con la evidente intención de evitar su ruina. Este amontonamiento, que además de cumplir funciones arquitectónicas contribuía también a acentuar la existencia y grandiosidad de la tumba, recibe comúnmente el nombre de *túmulo.* Su forma —redonda, oval, cuadrada, en cuña...— varía en función de las características de los sepulcros que escogen. En líneas generales se observa una mayor tendencia hacia las plantas alargadas en el norte de Europa, y un predominio de las circulares en la Península Ibérica.

En muchos casos los montículos tumulares son resultado de la deposición desordenada de escombros, mejor o peor trabados pero sin una estructura definida. Pero en otras ocasiones los túmulos han sido dotados de especiales recursos para desempeñar más eficazmente su función de sostén del megalito. Entre ellas cabría destacar los peristalitos o círculos de bloques que se disponen alrededor de las cámaras dolménicas, buscando contrarrestar los empujes centrífugos de la misma. Son éstos muy propios de los sepulcros de cúpula del mediodía ibérico, así como de algunos dólmenes occidentales.

Un papel similar debieron jugar las lajas hincadas radicalmente en ciertos túmulos catalanes —el Cementeri dels Moros, en el Puig Roig de Torrent— y baleares —el sorprendente dolmen de Ca Na Costa, en Formentera—. En otros casos se advierte que los túmulos han sido levantados alternando capas de piedra y tierra, siendo siempre pétrea —a modo de coraza, para evitar arrastres de suelo— la más superficial. Por último, en algunos sectores de la Europa atlántica se ha recurrido con idénticas miras a la construcción de fachadas de sillarejo, a veces incluso escalonadas. Sistema éste que no llegó a cuajar del todo en la península, aunque esté presente, por ejemplo, en la tumba de La Encantada en Almizaraque, Almería.

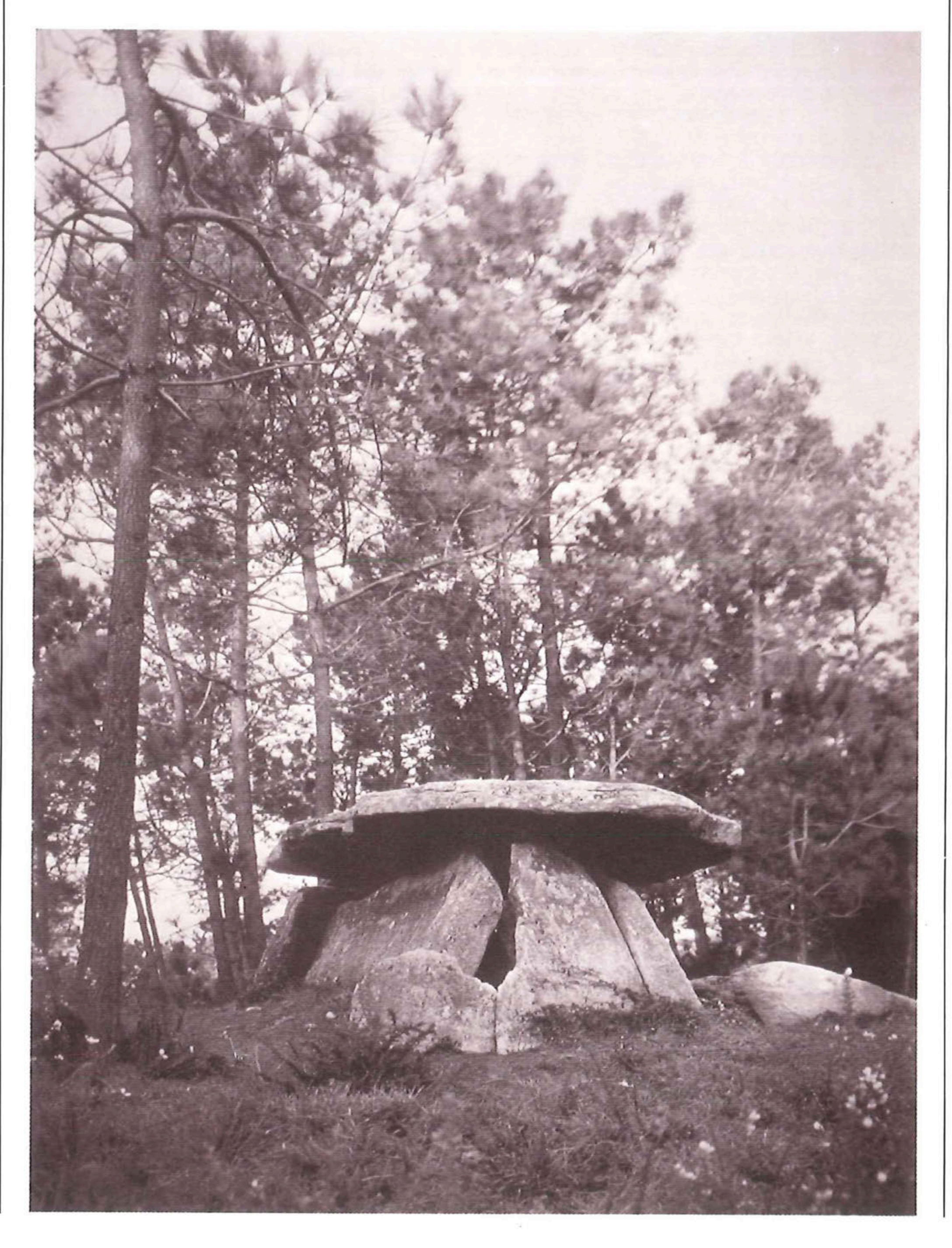
Las dimensiones de los túmulos varían en función del tamaño de los megalitos que encierran, por lo que es difícil generalizar sobre ellas. Valga simplemente recordar que los más reducidos del norte de Portugal —que, como en Galicia, reciben el nombre de *mámoas*— apenas tienen 6/7 metros de diámetro. Mientras, los mayores de Andalucía rebasan el medio centenar, alcanzando excepcionalmente los 90 en el gigantesco sepulcro malagueño de El Romeral, cuya altura es de más de 9 metros. Tales datos deben servir, al menos, para comprender que el esfuerzo exigido para la construcción de los túmulos no iba muy a la zaga del requerimiento para la edificación del megalito propiamente dicho, por más que su papel resultara mucho menos brillante.

La parte principal de la estructura megalítica fosilizada por el túmulo es la *cámara* o recinto funerario estricto. Es el *interior* del megalito y como depósito de inhumaciones sucesivas debe contar con un acceso que permita su reutilización sin grandes dificultades. Según sea la planta de dicha cámara, los megalitos adoptarán formas distintas, siendo las variantes numerosísimas. Glyn Daniel las redujo a tres grandes modelos —dólmenes simples, sepulcros de corredor y galerías cubiertas—, atendiendo a los diferentes sistemas de acceso:

a) Los *dólmenes simples* suelen ser estructuras poligonales realizadas con grandes bloques hincados (los ortostatos), que habitualmente se cubren con una losa plana.

b) En los *sepulcros de corredor* volvemos a encontrar una cámara poligonal o circular, con la novedad de que la puerta se define más rotundamente gracias a la construcción de un pasillo. De ese modo, en los túmulos redondos de la península las

*Dolmen de Dombate, el más célebre de Galicia, situado en la localicad coruñesa de Bayo*



cámaras suelen disponerse en su mismo centro, son el pasillo de acceso a modo de radio. Mientras que las cubiertas de los corredores son invariablemente planas, adinteladas, las de las cámaras pueden ser también cupulares, construidas con losetas pequeñas por aproximación de hiladas.

A la vista de la distribución de los sepulcros de corredor europeos, que se concentran fundamentalmente en las tierras meridionales —sobre todo Iberia—, y comparando su extensión con la de las galerías cubiertas, más bien distribuidas por la Europa del Norte, Daniel llego a afirmar que habían existido dos grandes tradiciones megalíticas en el continente: la de los *southmen* de los sepulcros de corredor y la de los *northmen* de las galerías; ambas llegaron a conocer gran auge.

c) Las *galerías cubiertas,* apenas representadas en la zona pirenaica y Andalucía oriental, carecen, a diferencia de los sepulcros de corredor, de una cámara bien individualizada del pasillo, constituyendo aquélla una mera prolongación de éste. Las galerías cubiertas cuentan en todos los casos con techumbres rasas y no es raro, dado su monumentalidad, como en la malagueña cueva de Menga, que, además de en los apoyos laterales o jambas, los bloques empleados como dinteles descansen igualmente sobre unos pilares centrales.

## Los menhires

La aplicación del término megalítico a estos momumentos parece sobreentender que su aparejo es inevitablemente de grandes dimensiones, estando constituidos sus alzados por los consabidos ortostatos. Sin embargo, es digno de mención que numerosos sepulcros de corredor han sido construidos enteramente con sillarejo —caso, por ejemplo, de las tumbas de Alcalar en el Algarve y de bastantes de las almerienses—, o bien complementándose aparejo pequeño y bloques, como ocurre en Los Millares y en algunos dólmenes catalanes. La observación podría ser válida también para las cubiertas, ya que, junto a las monolíticas planas, se construyeron también otras de cúpula o falsa cúpula por acercamiento de hiladas. En este último caso, aduciendo erróneamente que el origen de tales construcciones era egeo, a las cámaras circulares con este tipo de techumbre se las bautizó con el nombre griego de *tholoi.*

Junto a los sepulcros de corredor, a las galerías cubiertas, a los dólmenes simples y a algunos túmulos de enterramiento colectivo carentes de estructura megalítica —pudieron tenerla de madera—, cabe destacar la existencia en la Península Ibérica, sobre todo en su mitad meridional, de un último tipo de tumba plenamente asimilada al fenómeno megalítico: la *cueva artificial.* De clara raíz mediterránea —son muy comunes en el Egeo y el Mediterráneo central, pero no en la Europa templada, donde apenas si se conocen en la cuenca de París—, se encuentran excavadas normalmente en caliza, acogen osarios colectivos con ajuares idénticos a los de los más genuinos megalitos y, con relativa asiduidad, sobre todo en el curso inferior del Tajo (p.e. en Palmela), adoptan incluso la planta de un sepulcro de corredor, en la que se distinguen claramente una cámara circular y un bien desarrollado pasillo.

Finalmente, es preciso hacer siquiera una breve mención de los *menhires.* Con el mismo radical *men* de dolmen, menhir significa en bretón piedra erguida, haciendo alusión a unos grandes rollos pétreos, en distinto grado desbastados, que se hincan en tierra por uno de sus extremos. Normalmente tales piedras —que en Locmariaquer, Bretaña, alcanzan los 20 metros de largo y casi las 350 toneladas de peso— muestran un acabado bastante notable, por lo que no existe problema alguno para considerarlos obra del hombre. En otras ocasiones, en cambio, al brillar por su ausencia esta circunstancia o cualquier indicio de manipulación artística, puede llegar a existir cierta duda sobre el carácter artificial de estos monolitos. Incluso superada esa duda, empero, la atribución cultural y cronológica de los menhires es problemática; aunque la costumbre de erigirlos ya existió en el Neolítico, sabemos perduraba en el inicio de la Edad de los Metales, en el Bronce o en el Hierro, y que hasta en época histórica fueron levantados algunos con fines conmemorativos. Llegar a saber si fueron estelas de tumbas, como alguna vez se ha sugerido, marcas de territorio o monumentos culturales es por ahora casi imposible de precisar, por más que el aspecto fálico de muchos de los hallados en Portugal haya servido para sustentar la última hipótesis, símbolos de permanencia, de potencia reproductora y hasta de inmortalidad. Ciertas leyendas supondrían un aval en este sentido.

Los menhires, muy comunes en Bretaña donde suelen formar parte de larguísimos alineamientos, son más raros en la península Ibérica, apareciendo casi siempre aislados. Como excepción, en Xarez, cerca de Evora, existe una especie de recinto o *cromlech* constituido por cerca de medio centenar de ellos. Sólo en Portugal puede hablarse de una relativa abundancia de estos enormes hitos, repartiéndose los ejemplares conocidos en tres focos: uno muy ralo al norte del Mondego, otro algo más nutrido en el Alentejo, y un grupo claramente más denso —y acaso algo más tardío también, según E. da Veiga— en el Algarve.

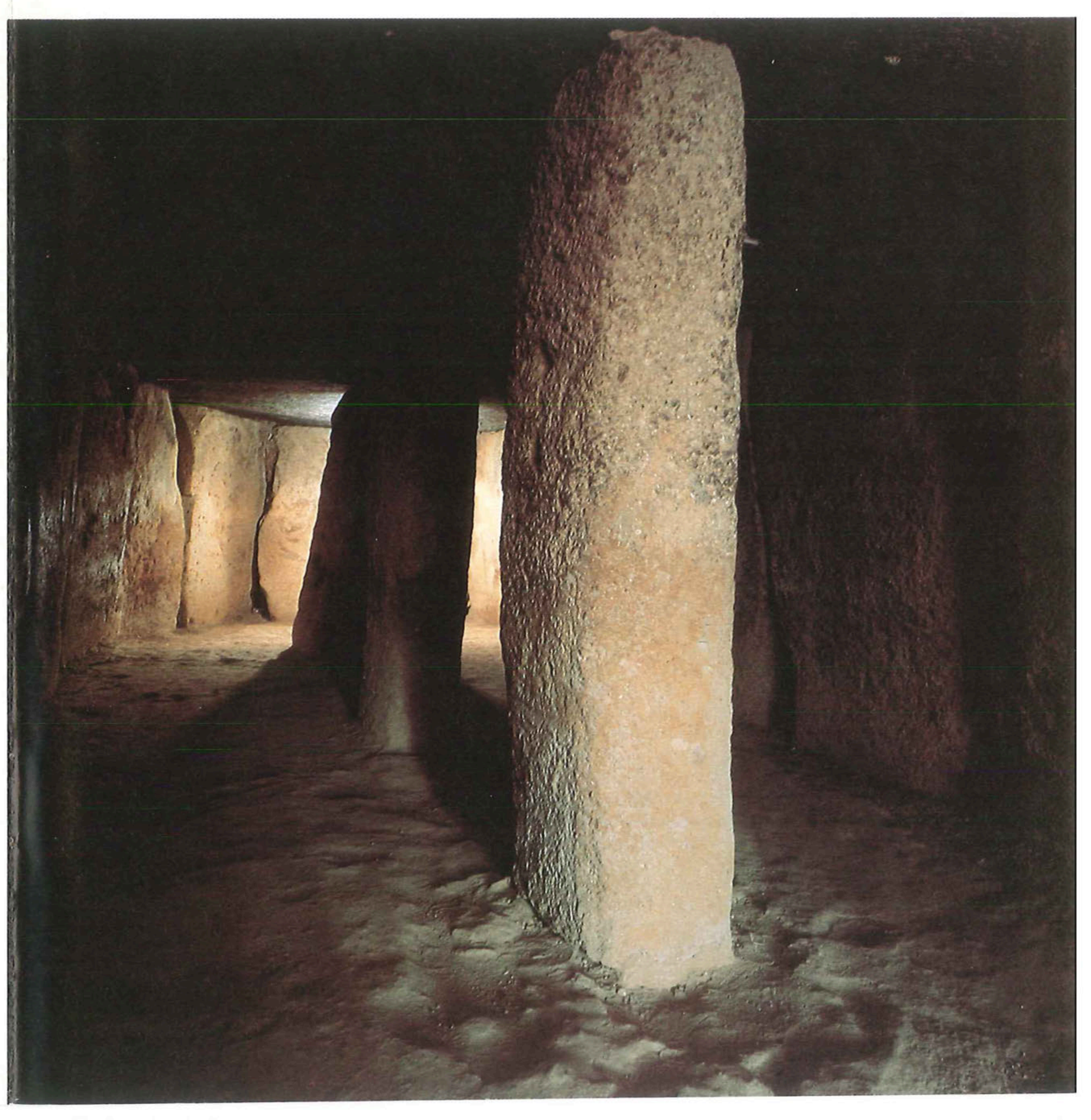
## Acarreamiento y construcción

Ni héroes legendarios, ni gigantes, ni extraterrestres, como machaconamente sostiene multitud de tradiciones. Sólo los hombres prehistoricos europeos de hace 5.000 años erigieron los imponentes monumentos megalíticos. Dotados de una tecnología precaria, desconocedores todavía del metal..., una pregunta se ha repetido millones de veces: *¿Cómo fueron capaces aquellas gentes...?* La arqueología experimental, recreando los primitivos sistemas de trabajo de la época y tomando como punto de partida la tecnología entonces disponible,

ha tratado de dar respuesta a esta cuestión con éxito diverso. En todo caso, tres debieron ser las labores fundamentales en la erección de un dolmen: la búsqueda y *aprovisionamiento* de la materia prima; su acarreamiento hasta el lugar escogido y, por último, la construcción propiamente dicha.

La primera de estas actividades no debió ser la que más dificultades entrañó si, como sospechamos, se aprovecharon para la edificación bloques naturales mínimamente regularizados. No obstante, hay evidencias —por ejemplo, en el megalito *F* de la necrópolis de Bougon (Charente)— de que las lajas utilizadas para el túmulo, así como la cubierta de 32 toneladas de peso, fueron extraídas de unas canteras próximas, sirviéndose para ello de picos de asta de ciervo, de martillos líticos y cuñas de madera. Las observaciones hechas por Mohen en este sentido permiten afirmar que sólo para aprovisionarse del aparejo necesario para el túmulo hubieron de abrirse 42 canteras distintas, en las que trabajaron no menos de 280 personas durante un mes. Las cifras —no muy diferentes de las estimadas por Ashbee para erigir el túmulo de Fussel's Lodge (5.000 jornadas) o por Atkinson

*Interior de la cueva de Menga, Antequera, Málaga (Archivo ICRBC, Ministerio de Cultura)*



para cualquiera de los grandes sepulcros del grupo de Costwold (15.000), ambos en el Reino Unido— al menos subrayan el ingente esfuerzo que exigía la construcción de un dolmen, y de paso también la importancia de la función que desempeñaba.

Los problemas de *acarreamiento* evidentemente dependían tanto del tamaño de los bloques a transportar, como de la distancia que había de recorrerse. Con frecuencia esta última es muy reducida, emplazándose los megalitos cerca de las canteras; pero se ha podido comprobar que la ubicación de los sepulcros no es aleatoria, sino que probablemente responde a criterios de territorialidad, de forma que en ocasiones el dolmen hubo de fundarse forzosamente lejos de las fuentes de materia prima, lo que obligaba a su transporte. Así ocurre en multitud de megalitos, cuyos ortostatos proceden de crestas situadas a unos pocos kilómetros del monumento. Más espectacularmente aún, se muestran en las *piedras azules* del célebre Stonehenge, en el sur de Inglaterra, al parecer extraídas a cientos de kilómetros del que fue su definitivo emplazamiento. En estos casos el acarreamiento debió resultar enormemente penoso, habida cuenta de que aún no se conocía la rueda ni seguramente se sabía aprovechar al ganado mayor —los bóvidos— como fuerza de tracción. Esta, por tanto, debió ser exclusivamente humana.

De nuevo los experimentos de Mohen en Bougón nos informan de cómo pudo ser el acarreamiento. El mayor problema aquí parecía haber sido el transporte de la gran losa de cubierta del túmulo *F*, seguramente arrancada en las canteras de Exoudun, a 4 kilómetros de Bougón. Descartada la posibilidad del uso de un trineo, como el empleado en las grandes construcciones egipcias —ya que, entre otras cosas, hubiera exigido la preparación de unas pistas de deslizamiento de las que no existe el más leve indicio—, todo parece indicar que las 32 toneladas que pesaba el bloque, apoyadas sobre unos improvisados raíles de madera y sobre unos rodillos, hubieron de ser arrastradas gracias al esfuerzo de casi 200 hombres, y merced al uso de atalajes de soga. Esta debía ser, esencialmente, la *asombrosa ingeniería megalítica*.

La *construcción*, por último, apenas debió requerir esfuerzos y herramientas distintas de los necesitados por el transporte. Las lajas de las cámaras, adecuadamente calzadas e hincadas en el suelo, fueron las *primeras piedras* de los monumentos, asegurándose a continuación su verticalidad mediante el apilamiento de escombros en su cara exterior, hasta construir los túmulos. Sólo al final, afianzada la construcción con estos últimos, la gran losa monolítica de cubierta —algún dintel de la cueva de Menga, en Antequera, pesa cerca de 200 toneladas— sería deslizada por la pendiente tumular hasta colocarse en su punto de destino. No puede dudarse del uso de palancas en todo este proceso, y asimismo no es improbable que la propia cámara se llenara de bloques durante la instalación de la cubierta, con objeto de conferir a todo el conjunto una mayor macicez, y evitar el desplome o simple desplazamiento de alguno de los ortostatos.

Sin duda, la enorme dificultad de colocar la cubierta, junto con la disponibilidad de materiales adecuados —losetas—, influyeron en la adopción en determinadas zonas de nuevos sistemas de cierre más ingeniosos y menos pesados, como el de las falsas cúpulas.

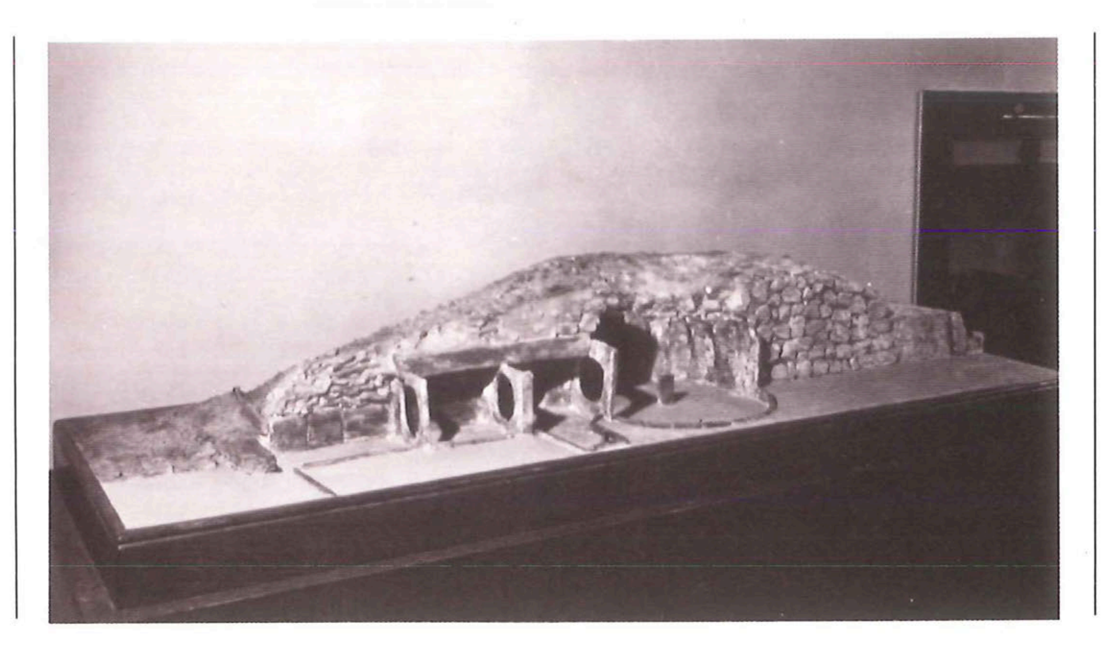
Si estos pudieron ser los procedimientos seguidos por los hombres prehistóricos para el transporte y colocación de los gigantescos bloques de piedra, y si todo el trabajo se realizó con energía de origen humano, contamos con un punto de partida para conocer la dimensión del grupo propietario de cada monumento —que, en principio, habría que imaginar era también el constructor—, así como la duración del proceso constructivo. Como apenas contamos con datos de este tipo para la Península Ibérica, de nuevo nos vemos obligados a acudir a la información ofrecida por otros puntos de la Europa atlántica.

En función del volumen del osario del sepulcro de Quanterness, en las islas Orcadas, y del tiempo estimado de utilización del mismo, se ha concluido que la tumba correspondía a un grupo social pequeño, en el que seguramente no había más de veinte individuos adultos. Por otra parte, el trabajo requerido para la construcción del monumento ha sido evaluado por Renfrew en unas 10.000 horas/hombre al menos, lo que equivale a un mínimo de 1.500 jornadas. Todo ello significa que, aun suponiendo trabajaran en igualdad de condiciones hombres y mujeres, harían falta 75 días de construcción ininterrumpida —abandonando, pues, cualquier otra actividad económica— para ultimar el monumento; el doble, es decir, cinco meses completos, en el caso de que sólo los varones participasen en la empresa.

## Transporte

En Quanterness, por tanto, aunque el esfuerzo exigido por la construcción fuera muy grande —lo que da una idea de su importancia social y religiosa—, existe una cierta correspondencia o equilibrio entre el potencial humano y los requerimientos de la obra. Pero ¿y, por ejemplo, en Bougón o en Menga? El transporte de la piedra de cubierta del túmulo *A* del primer yacimiento (64 toneladas) debió necesitar de la fuerza de casi 400 hombres para su acarreamiento, y aquélla de Menga, que pesaba casi 200 toneladas, de la de algo más de 1.000 personas. Jaussaume reflexiona en relación con estos datos, y concluye que el grupo humano propietario de Bougón no debería ser inferior a las 3.000 ó 4.000 personas, y el de Menga, sobre esos mismos cálculos, varias veces mayor.

¿Son verosímiles estos datos demográficos para las poblaciones neolíticas? ¿No resultan estos contingentes humanos excesivamente amplios para una etapa en la que aún no cabe hablar de vida mínimamente sedentaria? ¿Dónde están los extensos *hábitats* de aquellas gentes? Ahí reside otro de los



*Maqueta de un sepulcro de la necrópolis de Los Millares, Almería.*

grandes enigmas de los dólmenes que, por ahora, carece de respuesta. Y ello por más que C. Renfew —aduciendo paralelos de primitivos actuales de la zona del Pacífico— insinúe en este aspecto la importancia de la cooperación entre comunidades vecinas, reclamadas por ceremonias de rango tribal, más allá de las específicas de cada línea de sangre.

## *El ritual funerario*

La leyenda ha conseguido con frecuencia hacer de los monumentos megalíticos lugares de culto, santuarios, y mansiones de druidas, pasando por alto que en su origen fueron tumbas. Tal vez haya podido contribuir a ello el hecho de que con cierta asiduidad, cuando los monumentos se hallan emplazados en suelos ácidos, los osarios se han consumido literalmente, no quedando sino una mancha oscura, rica en materia orgánica. Sin embargo, en terrenos calcáreos todos los dólmenes proporcionan invariablemente esqueletos humanos, lo cual es prueba incontestable de su finalidad funeraria. Los megalitos fueron, pues, sepulturas; al margen de que pudieran desempeñar también el papel de centros de culto o de que cumplieran, al tiempo, la función de marcas de territorio.

En segundo lugar, hay que destacar que fueron lugares de enterramiento colectivo. Se distancian, por tanto, de la idea de la fosa individual, presente en muchas comunidades neolíticas contemporáneas. Seguramente trataban de subrayar los estrechos vínculos de sangre que unen a los enterrados en un mismo lugar. Esa es la razón de que los esqueletos contenidos en los monumentos, como podría ocurrir en los panteones familiares actuales, sean bastante numerosos. Espectacular era, según las noticias que nos han llegado, el osario de la Cueva de Menga, en Antequera, que podía contener restos de más de medio millar de inhumaciones. Aún más llamativa resulta la cifra mencionada para el hipogeo de Hal Saflieni, en Malta, próxima a 7.000, que corresponde, sin duda, a un volumen de población muy superior al existente en cualquier momento del III milenio en esta pequeña isla mediterránea. Todo ello nos proporciona una nueva enseñanza, y es que los dólmenes cobijan enterramientos colectivos *de carácter diacrónico,* sirviendo de depósito de restos durante muchos siglos, e incluso milenios.

Más difícil resulta esclarecer las causas por las que llegó a implantarse el ritual de enterramiento colectivo, aunque ello podría obedecer al surgimiento de un *nuevo modelo de sociedad* en el que las unidades de sangre amplias, tipo clan, avanzasen en detrimento de la familia simple. Es posible, efectivamente, que tal situación pudiera haberse dado, aunque —como recuerda Piggott— tampoco puede descartarse que la tumba colectiva hubiera podido entenderse, al menos en ciertos territorios, como símbolo de la expansión de *nuevas formas de religiosidad.* Incluso no habría que desestimar completamente la idea de que ese carácter colectivo de las sepulturas respondería, según las diferentes zonas, a diferentes estímulos.

El sepulcro, en este sentido, es obvio que cobra distinto significado en la necrópolis de Los Millares, Almería, donde 80 tumbas se concentran al borde de un imponente poblado estable, que por ejemplo en la región de la Beira, donde los monumentos reflejan una gran dispersión y aislamiento. En este último caso podría ocurrir que el dolmen fuera

la tumba de una pequeña población circunscrita al territorio; que fuera, pues, *el* sepulcro de dicho territorio y hasta el emblema del grupo social que lo utilizaba. En Los Millares, en cambio, parece perfectamente verosímil atribuir cada megalito a un grupo familiar diferenciado, a un *linaje* distinto de los muchos que integraban el conjunto poblacional. Ello implica notable lejanía en cuanto a organización o modelo social, con respecto a las manifestaciones megalíticas del norte de Portugal.

En ambos casos, sin embargo, el haberse decantado los hombres prehistóricos por una opción funeraria monumental parece subrayar el deseo de inmortalizar la memoria de sus grupos familiares. También mostraban la intención de cultivar el recuerdo de unos ancestros que seguramente se identificaron con los promotores de la erección de sepulcros, y fueron encumbrados a la categoría de héroes míticos.

Las excavaciones arqueológicas realizadas en los megalitos suelen poner al descubierto osarios revueltos, en los que apenas si se observan unos pocos huesos que guarden la esperada conexión anatómica. Dicho detalle acaso puede deberse en muchos casos a las violaciones sufridas por los sepulcros con posterioridad a la etapa de aprovechamiento de los mismos. Incluso también a las realizadas en la misma época como consecuencia de las reducciones de restos para alojar sucesivas inhumaciones. En ocasiones, ese increíble desorden del depósito, con decenas de huesos largos apilados y otros fragmentados en cien pedazos, se ha atribuido a la condición de inhumaciones secundarias de los enterramientos. El padre C. Morán, a propósito de los dólmenes de Salamanca, insinuaba en este sentido que los cadáveres pudieran haber sido expuestos en un *pudridero,* hasta producirse el despojo de los tejidos más blandos. De modo que tras este destino provisional de la totalidad de los restos, sólo la huesa hallaba descanso definitivo en el sepulcro.

La inhumación debió ser, pues, el rito fúnebre por excelencia, aunque en algunos casos haya también constancia de incineraciones y, con mayor frecuencia, de cremaciones parciales. Aquellas, probadas en diversos grupos megalíticos europeos —por ejemplo, en Irlanda— son más dudosas en la península Ibérica, pese a la insistencia de algunos autores por verlas en el noroeste. Las cremaciones parciales, en cambio, resultan mejor conocidas, por ejemplo, en determinadas cuevas sepulcrales del Pirineo occidental o en los dólmenes del sureste. Por esta parte, es digno de destacar que todo el osario con frecuencia se espolvoreaba con restos de ocre u otro tipo de polvo rojizo. Se seguía así una costumbre ya existente en el Paleolítico y muy arraigada en las poblaciones neo-eneolíticas del este de Europa, cuyo símbolo —si nos guiamos por ciertos testimonios etnográficos— sería el de una especie de sangre eterna o aliento vital imperecedero.

Ya hemos señalado que la pieza del megalito destinada de antemano a servir como recinto sepulcral era la cámara. Sin embargo, es relativamente frecuente descubrir enterramientos en otros puntos, bien las camaretas secundarias y nichos que a veces se abren en sus paredes, bien a lo largo del corredor, bien —por más que pueda resultar extraño— en meras fosas excavadas desordenadamente en la masa tumular. Tenemos poca información sobre las cosas de esta distribución, pero parece que los corredores se usaron como *locus* funerario cuando las cámaras, por encontrarse abarrotadas de cadáveres o destruidas, no podían ya acoger nuevos enterramientos.

Parecida interpretación suele hacerse de las inhumaciones de los túmulos, máxime cuando con frecuencia son tardías y correspondientes a la etapa del Vaso Campaniforme. Sin embargo, esa explicación no sirve en el caso de los enterramientos de las cámaras secundarias, al tratarse de estructuras que ya estaban diseñadas originalmente, con el resto del megalito. Debió existir ya entonces, por tanto, alguna razón que indujera a hacer desde el primer momento estas compartimentaciones; alguna intención de individualizar distintas partes del osario, sin que alcancemos hoy a comprender cuáles ni por qué.

El hecho de que en uno de estos nichos del sepulcro de cúpula n.° 3 de la necrópolis de Alcalar, en el Algarve, apareciera un enterramiento con excepcional ajuar metálico —sierras, puñales, alabardas...— ha dado lugar a que se interpretara tal hornacina como una forma de destacar la tumba de un príncipe respecto al osario común. Se esbozaba así un comportamiento cultural por el que, a la par que se jerarquizaba la sociedad en la Edad del Bronce, se recobra con fuerza la idea del enterramiento individual. Puesto que de las sociedades megalíticas iniciales, neolíticas, suele decirse que son igualitarias o segmentarias, el nicho de la sepultura de Alcalar, ya de la Edad del Cobre, representaría un amago por modificar la tradición del ritual colectivo, marcando el comienzo de nuevos tiempos.

## Los ajuares funerarios

En el osario, junto a los muertos, era habitual depositar determinados objetos a modo de ajuares funerarios, que tenían la misión de facilitar al difunto la vida en el más allá. Los más comunes fueron las hachas de piedra pulimentada, las herramientas talladas de sílex, las cuentas de collar, y los colgantes trabajados en piedras semipreciosas, los útiles y adornos de hueso o las cerámicas modeladas a mano. Es decir, una gama de materiales que podríamos considerar en líneas generales propios de cualquier comunidad neolítica del Viejo Mundo.

El pulimento de la piedra, bajo la forma de *hachas* y *azuelas,* probablemente alcanzó su máximo esplendor en este momento final del Neolítico, coincidiendo con una fuerte expansión de la agricultura y con un retroceso notable de la superficie de bosque, desbrozada por los labradores. Es perfectamente explicable, por tanto, el ele-



*Monumento megalítico de Ca Na Costa, en Formentera*

vado número de herramientas de tales características que aparece en los dólmenes. Las hay trabajadas sobre todo tipo de piedras duras —basaltos, gabros, ofitas, dioritas...— y con una gran variedad de tamaño, siendo algunas tan pequeñas que se discute su carácter utilitario, pensando pudieran haber sido simples elementos votivos. La tradición popular concede a las hachas pulimentadas el valor de escudos protectores contra el rayo. Significado éste que no sabemos si puede remontarse hasta fechas prehistóricas, pero que ya en el siglo I existía en Iberia, a juzgar por el contenido de una anécdota, que relata Suetonio, del viaje de Galba por Cantabria en vísperas de proclamarse emperador en Clunia.

Aunque el término neolítico aluda a una edad de la Prehistoria en la que se impone la piedra nueva o pulimentada, las industrias de *sílex tallado* se mantuvieron vigentes durante largo tiempo. Ello se deja sentir también en los ajuares megalíticos, en los que se hallan presentes largas hojas o *cuchillos,* indistintamente con o sin retoque; pequeñas monturas geométricas en línea con las epipaleolíticas; y —en los momentos más avanzados, desde aproximadamente el 3000— puntas de flecha con retoque cubriente, que revisten formas triangulares, losángicas, con pedúnculo o de base cóncava. Asimismo, particularmente en los círculos megalíticos más meridionales de la península, cabe anotar la presencia de alabardas y puñales, también de sílex y con bello retoque invasor, que seguramente haya que asignar a individuos de cierto rango, dada su relativa excepcionalidad.

Otro capítulo importante de los ajuares es el constituido por las *cuentas de collar,* que por millares suelen aparecer en los enterramientos. Normalmente son de piedra, pero a veces se encuentran trabajadas sobre concha, bien recortando la valva de un pecten, bien perforando una *cypraea,* bien enhebrando el caparazón tubular de un *dentalium.* Las más abundantes de todas son en cualquier caso las de pizarra, que revisten la forma de minúsculas arandelas planas de no más de medio centímetro de diámetro; ellas solas debían compo-

ner la mayor parte de los collares, alternando con otras pocas mayores, trabajadas en piedras más vistosas —variscitas, turquesas, alabastro—, las cuales ofrecen por lo general formas cilíndricas, esféricas o intermedias, caso este último en que se denominan *de tonelete* o *en oliva*.

En algunos territorios megalíticos peninsulares de dominio calizo, particularmente en el Pirineo occidental, ni las arandelas de pizarra ni las cuentas mayores de piedra son muy frecuentes, habiendo sido sustituidas respectivamente por cuentas anulares de hueso y por otras mal llamadas de azabache. Estos en realidad suelen ser de lignito, tendiendo a ser satisfechas las necesidades, pues, con materias primas locales. Tampoco es inusual la presencia de los collares de cuentas de cerámica, y excepcionalmente, en los últimos tiempos megalíticos, de oro y ámbar.

## Cerámica

La *cerámica* es otro elemento a considerar en este capítulo. Hecha siempre a mano, suele estar muy débilmente representada en los megalitos más antiguos, para manifestarse abundantemente en los monumentos del Cobre. En aquellos, casi siempre son lisas, de formas sencillas, redondeadas: cuencos hemisféricos, vasos ovoides, botellas... Quedan las decoraciones reducidas —por ejemplo, en los más antiguos megalitos portugueses— a un baño de engobe rojo brillante, la conocida *almagra,* que significativamente es uno de los elementos típicos del Neolítico de las cuevas andaluzas.

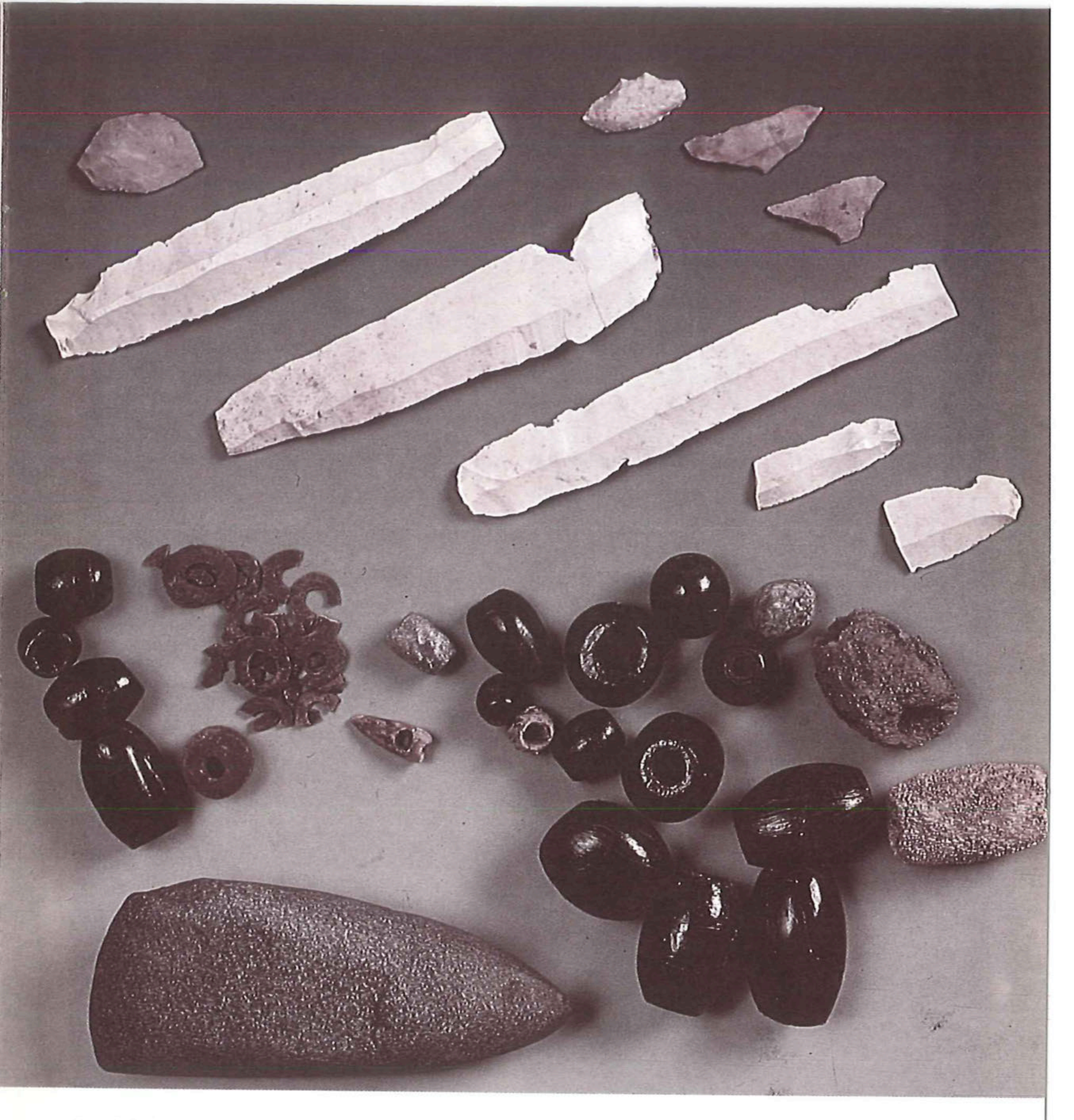
Avanzado el III Milenio, la cerámica se verá afectada por una gran diversificación formal y decorativa en la mitad meridional de la península. Aparecen formas carenadas, y sobre todo surgirán platos muy abiertos, a guisa de fuentes, como las decoradas con improntas de cestería en el grupo de Los Millares; o aquellas cuyos bordes ofrecen un engrosamiento almendrado, un refuerzo más bien, propias del suroeste ibérico. Será, sin embargo, en las decoraciones donde se advierta mayor innovación, mereciendo destacarse por su tipismo las especies pintadas de Andalucía oriental y las de surcos acanalados o *copos* de la Extremadura portuguesa. Durante lustros, éstas se consideraron inspiradas respectivamente por cerámicas, *grosso modo,* coetáneas de Creta/Anatolia y de las islas Cícladas. Algunas de ellas, como las millarenses decoradas con grandes ojos, con soles, con ciervos, con anchos frisos de zigzags, etcétera, fueron bautizadas por L. Siret con el nombre de *cerámicas simbólicas,* pues repiten idénticos motivos que los representados en los ídolos.

Muchos *otros objetos,* de carácter más o menos utilitario, pueden formar parte de los ajuares de los dólmenes ibéricos, pero sin llegar a resultar tan inevitables como los anteriores. Sería el caso de los molinos de mano barquiformes, de los alisadores de cerámica, de ciertos punzones, agujas y de roca, etcétera. Objetos todos ellos que no llamarían la atención en cualquier grupo megalítico del occidente de Europa. Otras veces, por el contrario, algunos materiales cobran un carácter mucho más específico, como ocurre con los vasos de ofrendas de yeso o alabastro propios del grupo almeriense de Los Millares. También se manifiesta esto en los adornos y útiles de cobre, prácticamente exclusivos de los *tholoi* de dicho grupo y de sus contemporáneos del suroeste peninsular. La personalidad de estos últimos objetos es tan acusada que de ningún modo pueden considerarse unos elementos dolménicos más, sino los exponentes específicos de una civilización, no por tardía menos megalítica, como la de Los Millares.

## Diversos tipos de ídolos

En las excavaciones de los dólmenes ibéricos comparecen con bastante frecuencia objetos cuya proyección funcional es más que dudosa, y en los que parece prevalecer una dimensión estética y simbólica. Tales circunstancias inducen a considerarlos *ídolos,* aunque no esté suficientemente probado que en todos los casos lo fueran. A tenor de su reiterada presencia en el interior de las tumbas, sin embargo, y de su relativa rareza en contextos domésticos, sí parece intuirse que desempeñaron un papel relevante en los ritos fúnebres. Por ello, completando la idea de G. Childe de que los difusores del megalitismo habían sido *misioneros,* o que *los dólmenes fueron antes iglesias que castillos,* juzgamos obligado aludir a tales piezas como manifestaciones de religiosidad típicas de las poblaciones megalíticas. Máxime, cuando además suelen constituir buenas referencias cronológicas, y aún mejores distintivos de ciertos grupos regionales.

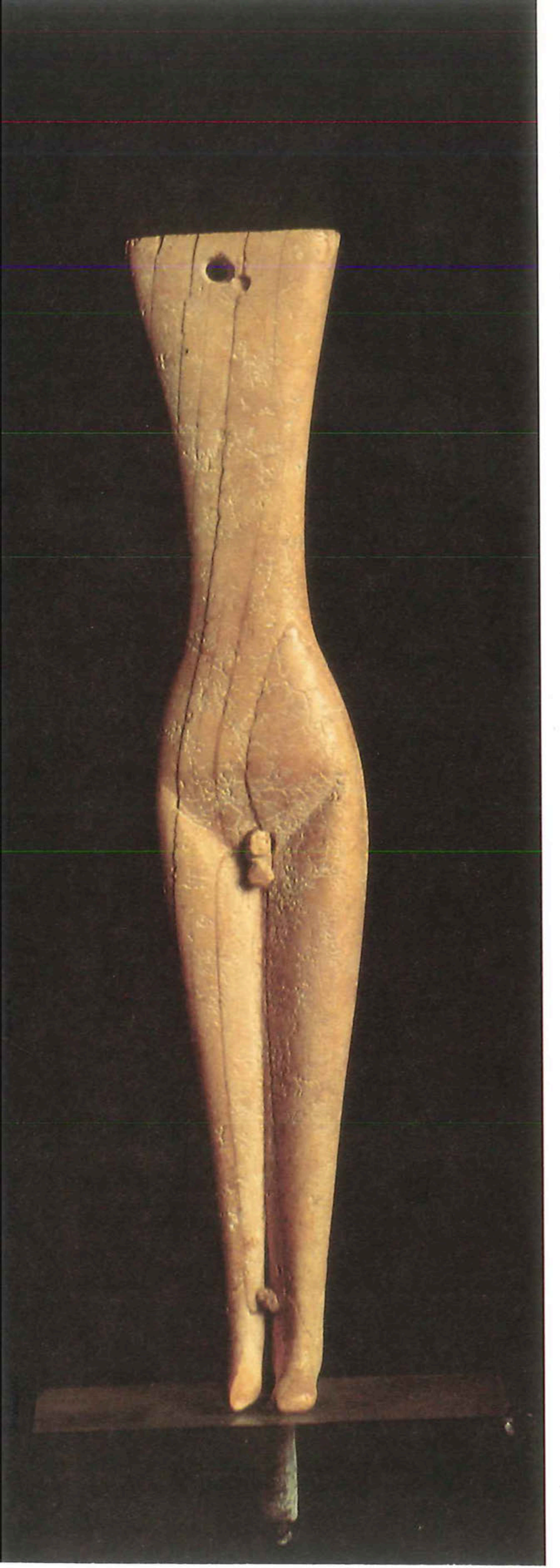
En las tierras portuguesas situadas al sur del Tajo, y en las hispanas de Huelva y Extremadura, se documenta un tipo muy particular, el *ídolo-placa alentejano.* Suele consistir en una hoja de pizarra más o menos rectangular con decoración incisa de ojos en la parte superior, y de dientes de lobo o dameros, cubiertos con retícula, en el resto del cuerpo. El marcado geometrismo de su ornamentación no consigue borrar el vago esquema antropomórfico de estas placas, en las que se tiende a individualizar una cabeza, bien triangular recortándola respecto a los hombres —por ejemplo, en piezas de Granja de Céspedes—, bien en el caso de que tal cabeza quede englobada en el mismo rectángulo de la placa, reservándola de cualquier tipo de decoración, lo cual ocurre mucho más frecuentemente. Teniendo en cuenta que siempre presentan perforaciones en uno de los extremos, y valorando asimismo la abundancia en que aparecen en algunos megalitos —cerca de 50 en Pedra Branca—, no parece imposible pensar que tuvieran un valor de amuleto individual y que pendiera directamente del cuello de los personajes enterrados, concretamente 61 en el citado dolmen portugués.



*Ajuar de la cista de Villaescusa de Butrón, Burgos (Archivo ICRBC, Ministerio de Cultura)*

Otro tipo de ídolos que, tanto por la materia prima —pizarra—, como por su decoración —incisa de triángulos, dameros y zigzags— o por su distribución —el suroeste— deben asimilarse a los placa alentejanos, son los *báculos* o *bastones*. Más grandes y en forma de *S*, acaso imiten hachas enmangadas, como ocurre con las espléndidas piezas de la Colección Heleno, en el Museo Etnológico de Belem.

Muy célebres también entre los ídolos ibéricos son los *betilos*, ordinariamente de piedra y más o menos cilíndricos. En el grupo de Los Millares suelen ser totalmente lisos, mientras que en el suroeste —Morón, Moncarapacho, Museo Arqueológico Nacional— portan una decoración discretamente antropomórfica consistente en dos ojos circulares, asfixiados por trazos concéntricos de lo que se interpreta como un tatuaje, y en la representación de un peinado que, a modo de melena, se desparrama generosamente por su espalda. Por lo general, estos ídolos-cilindro decorados provienen del interior de las tumbas, por lo que, como las placas, pudieron ser amuletos individuales. En algunos *tholoi* de Los Millares, empero, se ha podido advertir que



los betilos lisos se amontonaban en el vestíbulo de las tumbas, esto es, en la embocadura de los pasillos, lo cual sugiere que se utilizaron en ceremonias exteriores, no dedicadas a un individuo en concreto, sino a la colectividad muerta.

Parecida simbología se registra en los *ídolos-falange,* así llamados por aprovechar como soporte este tipo de huesos de mamíferos varios. Repiten, en efecto, el tema oculado —inciso o pintado—, pero también se aprovecha su volumen, muy parecido a un tronco de mujer, para grabar entre el arranque de las piernas un triángulo público casi siempre asociado a una perforación a modo de sexo femenino. Los *ídolos de tipo Almizaraque* —nombre de un famoso poblado almeriense— tienen en común con los falange el ser óseos y portadores de una decoración de ojos. Pero se distancian de ellos en la circunstancia de que sus soportes son largos huesos de bóvido.

## Rasgos antropomorfos

Algunos modelos presentan rasgos antropomorfos mucho más marcados. Uno de ellos sería el de los *ídolos cruciformes,* casi siempre fabricados sobre finas placas de caliza blanca o pizarra, cuando no en hueso, siguiendo la técnica del *perfil recortado.* Se documentan en toda Andalucía y sur de Portugal, y de ellos se ha dicho repetidamente —a veces por la coincidencia del detalle de la cabeza triangular invertida, que según L. Siret representaba un hacha pulimentada— que se inspiraban en prototipos del Mediterráneo oriental y de los Balcanes. Más expresamente antropomorfo es el *tipo Marroquíes Altos,* en opinión de Arribas la más alta expresión del arte megalítico ibérico. Además de la pieza jienense del yacimiento que les da nombre, se conocen unas pocas piezas más, todas del mediodía peninsular, algunas trabajadas en hueso —las sevillanas de Valencina de la Concepción—, otras en marfil —granadina de El Malagón— y algunas más en caliza blanda —La Pijotilla, Badajoz—. Reproducen casi siempre la misma figura de un hombre con cabeza redonda peinada, con barba y profundas cuencas orbitarias —sin duda para incrustar alguna piedra o colorante, subrayando los ojos—. Sus brazos se cruzan sobre la cintura, por encima del sexo —apenas pronunciado— y de las dos piernas, modeladas conjuntamente y sólo individualizadas por un surco. En la espalda, como en los mejores ídolos-cilindro, se reconoce una larga melena que llega a la cintura y, más abajo, las nalgas.

Sólo en La Pijotilla algunos de estos ídolos muestran rasgos femeninos, tal vez en línea con otros de barro de Almizaraque y el poblado portugués de Vila Nova de São Pedro. La condición ebúrnea de

*Idolo de marfil de El Malagón, Cúllar-Baza, Granada (Archivo ICRBC, Ministerio de Cultura)*

la pieza de El Malagón ha dado pie a comparar estos ídolos con otros egipcios predinásticos y de Palestina —Beersheba—. V. Hurtado, no obstante, insiste en la personalidad de los ibéricos, pese a reparar en la analogía de algunos ejemplares del Egeo, aun a costa de reconocer que todos ellos podrían haber sido exponentes de formas de religiosidad parecidas.

Al margen de otros modelos más escasos y de más discutible valor votivo —*crecientes, piñas, alcachofas,* etcétera, sobre todo portugueses—, no creemos excesivo afirmar que los ídolos ibéricos reflejan mayoritariamente un mismo símbolo: el de la llamada por Crawford *divinidad de los ojos.* ¿Quién era y qué simbolizaba? Se da por hecho que se trata de un personaje femenino por la asidua relación oculado/atributos femeninos, y se especula con que fuera una *Diosa Madre* o *Diosa Tierra* garante de la fecundidad. En cierto modo, pues, una *señora de la Naturaleza,* en cuya voluntad residía el futuro económico de los seres terrenales. No se llega a comprender fácilmente, sin embargo, la presencia de una diosa de la fecundidad en un panteón funerario. Razón ésta por la que distintos autores prefieren la interpretación de que se trata de un ave nocturna como la lechuza. Así los *tatuajes* serían el disco facial típico de este predador, que todavía hoy conserva cierta simbología funeraria como signo de la noche. En cualquier caso, pese a señalar Childe en relación con los ídolos megalíticos de Ibera, que *parece que la antigua diosa de la fertilidad se hubiera transformado en una diosa de la muerte* —lo cual justificaría de algún modo seguir hablando de una *Diosa Tierra* o *Diosa de la Resurrección,* de cuyo vientre brotan las cosas vivientes, pero al que también retornan al finalizar su ciclo, fecundándolo de nuevo—, no parece acertado hacer extensiva esa interpretación a la totalidad de los ídolos, sobre todo cuando hemos podido contrastar que en algunos casos se trata sin duda de figurillas masculinas.

## El «arte megalítico»

El interior de los ortostatos camerales se adorna en ocasiones con pinturas o grabados que dan pie a definir un *arte megalítico* presente en Irlanda, Bretaña y la península Ibérica. La coincidencia cronológica del arte de estos tres focos ha sido utilizada como un argumento más en pro de la unidad y monogenismo del fenómeno dolménico atlántico. Algo, sin embargo, contra lo que se opuso E. Shee al subrayar la personalidad artística de cada uno de los focos citados.

En el ámbito peninsular sólo cabe hablar de un área artística de entidad, la del cuadrante noroeste —Asturias, Galicia, norte de Portugal al septentrión de la sierra de la Estrella—. Es conocida desde el siglo pasado —caso de las sepulturas de Espinaredo y Codesas— y tiene sus mejores exponentes en la portuguesa región de la Beira, entre el Duero y el Mondego.

Desde el punto de vista técnico, en este grupo predomina el uso de la pintura, combinada frecuentemente con el grabado y, de forma más excepcional, con el piqueteado. Así ocurre en el dolmen de la capilla de la Santa Cruz de Cangas de Onís. En general la temática es pobre, geométrica —líneas onduladas, zigzags y dientes de lobo que destacan en rojo sobre fondo blanco— con lo que el efecto logrado es el de meros telones de fondo o decorados, carentes de contenido iconográfico y de cualquier afán narrativo. Excepcionalmente encontraremos, sin embargo, elementos figurativos, como ocurre en los megalitos de la zona de Viseu, en los que se han ejecutado escenas de caza con perros y ciervos —Juncais y Lubagueira— o representaciones de hombres aislados. Así aparece con un báculo y un ídolo-placa en Antelas, acaso en un intento de perpetuar la imagen de algún alto personaje.

Teniendo en cuenta esta irrelevancia, en general, de la temática del arte megalítico, así como su escasa incidencia —de hecho Shee sólo recoge 32 sepulcros de corredor y dos menhires con muestras artísticas en toda la fachada atlántica de Iberia, donde los megalitos se cuentan por millares—, parece razonable dudar de la imprescindibilidad de estas manifestaciones en los ritos funerarios. Ello al menos mientras otros argumentos más convincentes no garanticen su transcendencia religiosa y cultural.

Un hallazgo reciente producido en Fonelas, Granada, permite una valoración un poco más precisa de determinadas muestras del arte megalítico. Se trata de una laja de pizarra recortada y grabada, que se utilizó como losa de suelo de una especie de cista ubicada en una de las esquinas del dolmen trapecial de Moreno 3, la cual es portadora de una pintoresca representación antropomorfa. Desconociéndose la intención de este compartimento interior del megalito, cabe especular con la hipótesis de que la losa en cuestión fuera una *estela* que representara simbólicamente la imagen de un individuo en particular, como ocurre con las estatuas-pilar embutidas en numerosas galerías cubiertas e hipogeos de Bretaña y la región de París.

## Los asentamientos humanos

Durante todo un siglo, la megalítica pasó por ser una *civilización de muertos,* pues los arqueólogos apenas manifestaban interés por otros aspectos que no fueran los de la arquitectura funeraria. Hoy, empero, aunque interese el megalito como tumba, no pasa desapercibido el hecho de que se trata sólo de uno de los varios exponentes materiales de quienes los erigieron. De ahí la conveniencia de investigar la relación que inevitablemente existió entre el paisaje funerario y el de los vivos. Esto es, entre la tumba y el medio que sirvió como marco de actuación de los miembros supervivientes de la comunidad. Esta simple reflexión nos impulsa a abordar el tema de los hábitats de las poblaciones dolménicas, pese a su difícil acceso como consecuencia de la escasez de datos sobre el particular y de

la falta de unidad del propio fenómeno megalítico.

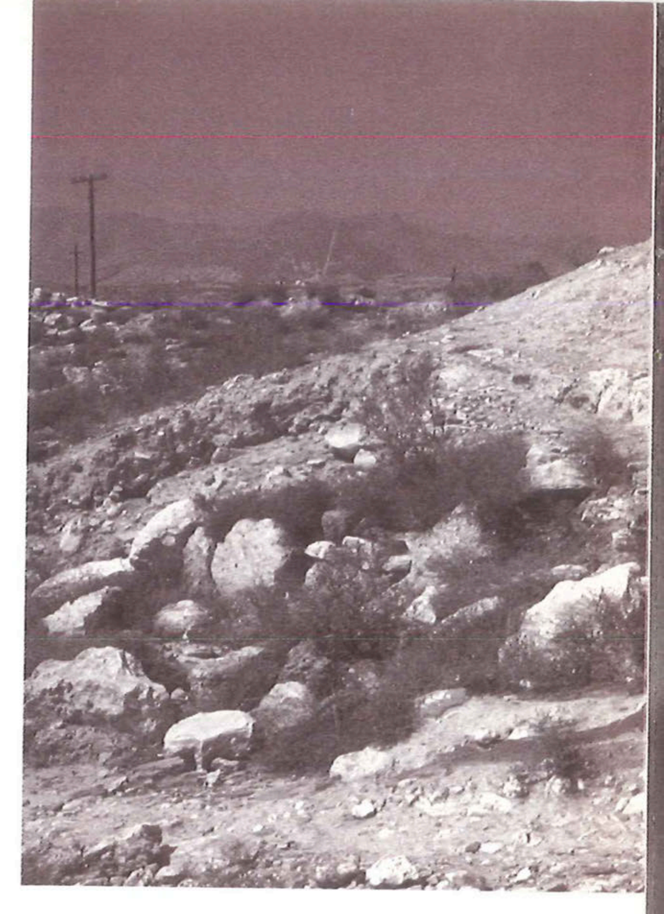
Es posible que la exigüidad de la información se deba en parte a la miopía de los arqueólogos que, deslumbrados por la grandiosa arquitectura de los megalitos y por la riqueza de los ajuares, han relegado a un segundo plano el estudio de los poblados de sus constructores. Pero tampoco debe ocultársenos con ello otra realidad tangible, como es la propia irrelevancia de la mayor parte de los lugares de habitación, casi siempre atribuida al género de vida marcadamente nómada del *pueblo* megalítico y a su peculiar configuración social.

La escasa entidad de los hábitats respondería, en primer lugar, al tipo de poblamiento disperso que trasluce la misma distribución de los megalitos. Sólo desde mediados del III Milenio se capta en el sur ibérico la existencia de agrupaciones de sepulcros que sugieren un poblamiento aglomerado, del que existen pruebas complementarias en los poblados estables, con ocupaciones continuadas, localizados en las cercanías de los cementerios. En los momentos iniciales del megalitismo, empero, las tumbas se presentan generalmente aisladas —un caso extremo sería el de la zona de Reguengos de Monsaraz, en el Bajo Guadiana— y dan la impresión de corresponder cada una a una célula social distinta, a juzgar por las enseñanzas de Renfrew en Quanterness, de unas pocas decenas de adultos.

Ahí —en la dispersión del poblamiento y en la reducida talla del grupo propietario de cada megalito— probablemente residan las dos claves para explicar la falta de entidad y escasa envergadura de los lugares de habitación dolménicos. Pero aún restaría de añadir una tercera no menos importante que es el nomadismo o relativa movilidad de las gentes megalíticas. Precisar esta condición nómada en pueblos para cuyo estudio sólo se dispone de fuentes arqueológicas reviste gran dificultad; no obstante, el propio C. Renfrew arguye sugestivamente, en función del colosalismo de los megalitos y de su ubicación deliberada en puntos estratégicos, dominantes, que los sepulcros no se limitaron a ser lugares fúnebres, sino que desempeñaron también el papel de símbolos de propiedad sobre el espacio que dominaban, que actuaron, pues, como *marcas de territorio.*

Normalmente ese control pasivo sobre el entorno emana de los poblados; son éstos los que organizan su entorno y controlan sus límites, y sólo en casos extremos de falta de personalidad del hábitat parece justificada la delegación de tales funciones en el mausoleo. Esa circunstancia extrema muy posiblemente llegará a darse en el caso de los dólmenes, y ello como consecuencia del nulo sedentarismo de las poblaciones dolménicas. Muy verosímilmente, por tanto, es la pobreza de los primeros hábitats megalíticos, lo que nos impide descubrirlos e identificarlos.

Según una datación de termoluminiscencia del Castelo de Giraldo, la provisionalidad de estos primeros poblados de las gentes megalíticas del sur de Portugal empezó a superarse hacia el 3000, coincidiendo aparentemente con un fuerte *tirón* demográfico, favorecido por la intensificación de las actividades productivas. Las repercusiones arqueológicas se manifiestan en tres vertientes: aparecen, como hemos visto, auténticos poblados permanentes, se produce una cierta concentración poblacional frente a la dispersión de las épocas anteriores, y —muy en consonancia con ello— las tumbas megalíticas también se agrupan formando verdaderos cementerios, en los que da la impresión de que cada sepulcro representa el panteón funerario de un linaje o grupo de sangre distinto. Mencionemos como ejemplos clásicos de ese binomio poblado-necrópolis los de Los Millares y el Barranquete en Almería, o el de Alcalar en el Algarve. Por otra parte, esta profunda transformación de las poblaciones megalíticas, sólo visible con claridad en el mediodía peninsular, coincide con otro acontecimiento de excepcional importancia, como es la aparición de la metalurgia del cobre, no existiendo acuerdo por el momento sobre si esta novedad fue el desencadenante de aquellas transformaciones o, al contrario, una consecuencia más de las mismas.



## *Los Millares, paradigma del hábitat*

El poblado de *Los Millares,* paradigma de los hábitats estables calcolíticos, se localiza en el término de Santa Fe de Mondújar, Almería. Emplazado en un espolón entre las ramblas de Huéchar y Andarax, goza de una excelente posición estratégica,



*Reconstrucción de una tumba de Los Millares, Almería*

resultando sólo fácilmente accesible desde el oeste, donde se ubica un llano que sirvió de asiento a los sepulcros de cúpula —más de 70— que formaban la necrópolis. Su descubridor, L. Siret, ya intuyó, a fines del XIX, la existencia de defensas artificiales en ese único flanco vulnerable, las cuales adquirirían mayor definición tras los trabajos de Almagro y Arribas al comprobarse que había varias murallas, con paramentos de mampostería, algunas de ellas con bastiones semicirculares.

Las más recientes investigaciones de la Universidad de Granada han servido para precisar que son tres las líneas de muralla. De ellas la exterior alcanza una longitud de 310 metros y configura una barrera de defensa que aísla absolutamente el poblado del resto de la meseta, permaneciendo extramuros toda la necrópolis salvo alguna sepultura aislada (por ejemplo, la n.º 1). Esta espectacular muralla exterior, en la que se han identificado 18 bastiones, llega a alcanzar un espesor de tres metros hacia su zona central, donde se abre la puerta principal, protegida por una estructura de planta piriforme, a modo de barbacana. Se trata, pues, de un extraordinario conjunto fortificado, el cual se completa con unos fortines o torreones aislados, que en número ligeramente superior a la decena de distribuyen por las cumbres de las colinas que cierran por el sur y por el este el Llano de Los Millares, y de los que sabemos, merced a la excavación del n.º 1, constaban de una torre central rodeada de diversos anillos concéntricos de murallas también bastionadas. La cronología de estos fortines coincide plenamente con la del recinto principal, tratándose seguramente de puestos de observación adelantados respecto al núcleo principal.

En cuanto a la población albergada, son varios argumentos los que invitan a pensar en un elevado número de habitantes: 1) la extensión del caserío (entre 2 y 3 ha sin contar los fortines); 2) la impresionante inversión de esfuerzo hecha para las construcciones defensivas; 3) la gran envergadura de la necrópolis (80 tumbas para otros tantos linajes); y 4) la misma longitud total —no mucho menor de 1 km— de las murallas... que, en caso de ataque exterior, exigiría para cubrirlas rentablemente una alta cifra de defensores.

El fenómeno de fortificación de los hábitats calcolíticos, que se manifiesta igualmente, como dijimos, en el centro y sur de Portugal, dio pie en los años 60 a tejer la teoría de que constituían *colonias* de comerciantes cicládicos (de ahí la analogía de sus bastiones semicirculares, respecto, por ejemplo, a los de Chalandriani, en Syros), interesados en la explotación de las minas de cobre de Iberia. Hoy, aun cuando no se haya descartado totalmente que la primera metalurgia de la península pudie-

ra haber llegado desde el este, parece sin embargo imposible sostener la tesis de unos contactos directos regulares entre ambos extremos del Mediterráneo durante el III milenio.

## Origen y cronología del fenómeno dolménico

1. *Primeras noticias.* Las más antiguas alusiones escritas a estos monumentos se encuentran en los acuerdos de los primeros Concilios de la Cristiandad, condenando a quienes en los dólmenes rinden culto a divinidades paganas, pasando por alto completamente su condición de tumbas prehistóricas. Tampoco en la Edad Moderna la interpretación de los megalitos resulta unánime: algunos, como el británico Camden, los tiene por meros mojones territoriales; para otros —su compatriota Aubrey—, furon templos; Lhwyd los creyó lugares de sacrificio, etcétera. Fueron tiempos en los que, a decir de G. Daniel, la arqueología aún no era una ciencia, limitándose el interés por lo antiguo a simple curiosidad. En 1719, sin embargo, Montfaucon describe con cierto detalle las excavaciones del señor de Cocherel en un túmulo de Normandía, destacando su carácter funerario, lo cual seguramente fue decisivo para que el también francés Legrand d'Aussy (1737-1800) incluyera dólmenes y menhires en su clasificación de las tumbas prehistóricas.

2. *Orientalistas y occidentalistas.* Coincidiendo con el cenit del colonialismo europeo, en el siglo XIX se produjo un espectacular avance de los estudios etnológicos, impactados por la *universalidad* de ciertos fenómenos culturales. Las explicaciones difusionistas preconizadas por Ratzel encontraron gran eco. Determinadas manifestaciones culturales originarias de un punto concreto del globo podían aparecer reproducidas a enormes distancias, apenas deformadas, merced a su difusión. Los estudios sobre el fenómeno megalítico no permanecieron ajenos a estos planteamientos.

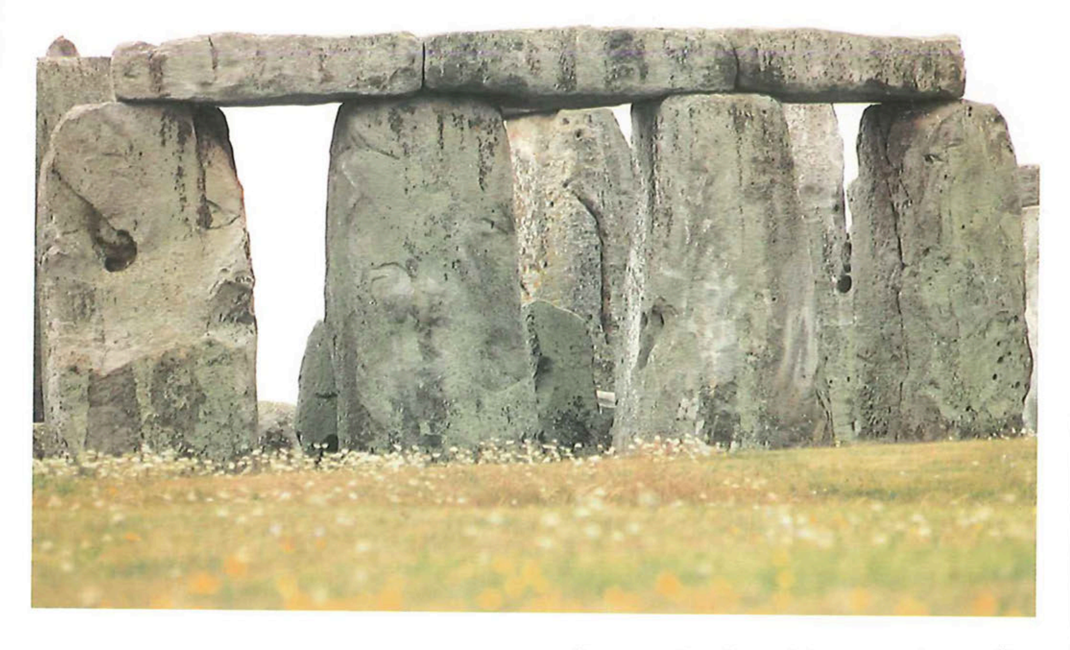
En 1872 se publicaba la primera obra científica sobre el tema —*Rude Stone Monuments in All Countries: their Ages and Uses*— de la que era autor un galés, J. Fergusson, quien había reparado en la analogía de dólmenes tan alejados entre sí como los de su tierra natal y la India. Se habla ya de una cultura megalítica, de migraciones, de pueblos en movimientos, etcétera; era el comienzo de una obsesión. A lo largo de todo un siglo pareció como si no se desconociera otra cosa del megalitismo que no fuera su origen, y no hubo obra que se preciara sobre el tema que no abordara estas cuestiones: ¿Habían surgido independientemente los megalitos de las distintas áreas? ¿Eran, contrariamente, todos ellos fruto de un único foco seminal? En este último caso, ¿dónde situar el mismo?

Louis Siret, ingeniero de minas belga instalado en el Bajo Almanzora (Almería) desde 1880, fue uno de los primeros estudiosos en pronunciarse difusionista en relación con el megalitismo. Apasionado de la arqueología del sureste, se preocupó de excavar, entre otros muchos yacimientos, las sepulturas megalíticas de Los Millares y Almizaraque, a las que intuitivamente comparó, por sus cámaras circulares con cúpula y pasillo de acceso, con las grandiosas tumbas micénicas del Tesoro de Atreo, suponiendo que el modelo, en Iberia ya un tanto degenerado, había llegado por el Mediterráneo, vía Sicilia, desde el este. La idea se inscribía en un amplio marco explicativo *ex Oriente lux,* dentro del cual toda innovación cultural introducida en la Europa bárbara obedecía inevitablemente a un eco de manifestaciones similares de las Altas Culturas de Oriente.

Esta hipótesis orientalista, tímidamente contestada por Cartailhac y Aoberg —para quienes las tumbas de cúpula eran las más tardías de las megalíticas de la península— encontró, no obstante, gran aceptación científica, aunque los argumentos hubieran de renovarse. V. G. Childe, elaborando ideas previas de Daryll Ford, relanzó el orientalismo, pero desacreditando antes la insostenible ecuación Los Millares-Micenas. Se requería el descubrimiento de tumbas megalíticas en el Egeo cuya antigüedad rebasara ampliamente la del Tesoro de Atreo, y éstas aparecieron: primero fueron ciertas cuevas sepulcrales colectivas de la Hélade y más tarde, sobre todo, los tholoi del llano de Messara, en Creta. Unas y otras, datadas aproximadamente en el Bronce Antiguo del Egeo, en el III milenio, posibilitaban de nuevo la hipótesis de una difusión del megalitismo desde Oriente a Occidente, de la que, en opinión de Childe, había que responsabilizar a unos *misioneros* o *santones* de la *religión megalítica.*

Las teorías childeanas no convencieron, sin embargo, a Bosch Gimpera, el *paladín del occidentalismo,* quien escribió decenas de veces que la génesis del viejo megalitismo portugués era puramente local, arrancando de la tradición epipaleolítica de los concheros del Muge, así como que los dólmenes más sencillos, de cubiertas planas (las *antas*) no eran degeneraciones de los prototipos mediterráneos cupulares, sino precedentes locales de ellos. Las tesis de Bosch no encontraron buena acogida en España, máxime tras su exilio provocado por la guerra civil, pero sí dejaron alguna huella en la obra más tardía del matrimonio Leisner sobre los dólmenes de Reguengos de Monsaraz (Bajo Guadiana), en la que claramente se apuesta por un doble origen del megalitismo. Las antas serían creaciones neolíticas indígenas, mientras que los tholoi —únicos megalitos que deparaban alguna pieza de metal— surgían como resultado de una incidencia mediterránea más tardía, sin duda la misma que años después, tras la excavación de los hábitats fortificados de Los Millares y el curso inferior del Tajo, se atribuyó por Blance a comerciantes cicládicos dando lugar a la célebre, y bastante desacreditada hoy, teoría de *las colonias.*

3. *Las tendencias actuales: poligenismo y difusionismo moderado.* Modernamente se ha prestado menos atención al problema del origen del megalitismo que al significado social y religioso de las tumbas. Para obrarse este sustancial cambio de actitud, del que es principal artífice C. Renfrew, han debido producirse acontecimientos importantes, el



*Dos perspectivas de uno de los monumentos megalíticos más famosos del mundo: Stonehenge, perteneciente al II milenio a. C., Wiltshire, Inglaterra*

de mayor trascendencia, sin duda, el establecimiento de una cronología absoluta objetiva para cada foco dolménico, merced a la *revolución del radiocarbono.*

La primera reacción de los arqueólogos cuando en los años 50 se descubrieron once sepulcros, la mayoría de cúpula, bajo el gran túmulo de Barnenez, en Bretaña, fue la de relacionar tales tumbas con los tholoi de presumible inspiración mediterránea del Calcolítico Ibérico, dando por hecho su cronología avanzada. Barnenez, empero, fue uno de los primeros megalíticos donde el método del C-14 fue aplicado, y el resultado no pudo ser más sorprendente al elevarse la datación a 3800/3500 a. C., más de un milenio por encima de las fechas presumidas para Los Millares y sus paralelos egeos. Aquellos datos, que inicialmente produjeron desconfianza, hoy se ven confirmados por multitud de nuevas fechas absolutas, y de ello resulta una enseñanza trascendental para contestar a la vieja, y algo estéril, discusión entre orientalistas y occidentalistas: tanto en el noroeste de Francia como en Portugal —aquí se cuenta con las fechas de termoluminiscencia de las antas de Gorginos 2 y Poço de Gateira (4440 y 4510, respectivamente)— hay brotes dolménicos anteriores al 4000, un milenio más antiguos, pues, que los primeros del Mediterráneo Oriental. A la par, se desmentía la idea de la evolución unidireccional de las formas dolménicas, ya que mientras en Portugal las antas de cubierta plana iniciaban la secuencia, culminada por los tholoi, en el noroeste francés eran los sepulcros de cúpula tipo Barnenez o La Hoguette los primeros megalitos construidos.

Tales observaciones produjeron el oportuno caldo de cultivo para sospechar que bajo la aparente unidad del fenómeno megalítico subyacían realidades diversas. Aferrándose a esta idea y a la distinta cronología de los megalitos en las diferentes áreas atlánticas, Renfrew se mostró partidario de una postura *poligenista,* por la que se reconocieran varios focos genéticos independientes arraigados en los sustratos epipaleolíticos locales —se coincide ahí, pues, con lo defendido por Bosch para Portugal— y con el rango de *hogares creadores.* Tales focos se encontrarían en Portugal, Bretaña, sur de Inglaterra, Irlanda, Dinamarca y, acaso, el sureste de la península Ibérica.

La hipótesis de Renfrew, en los límites del determinismo —los megalitos florecieron independientemente como respuesta a situaciones socioeconómicas y demográficas similares, en medios geográficos no muy diferentes, siempre constreñidos por el mar— ha sido contestada por voces neodifusionistas, como la de Mc Kie, que sustituye el antiguo movimiento de pueblos por un vertiginoso *raid* para imponer una nueva religiosidad.

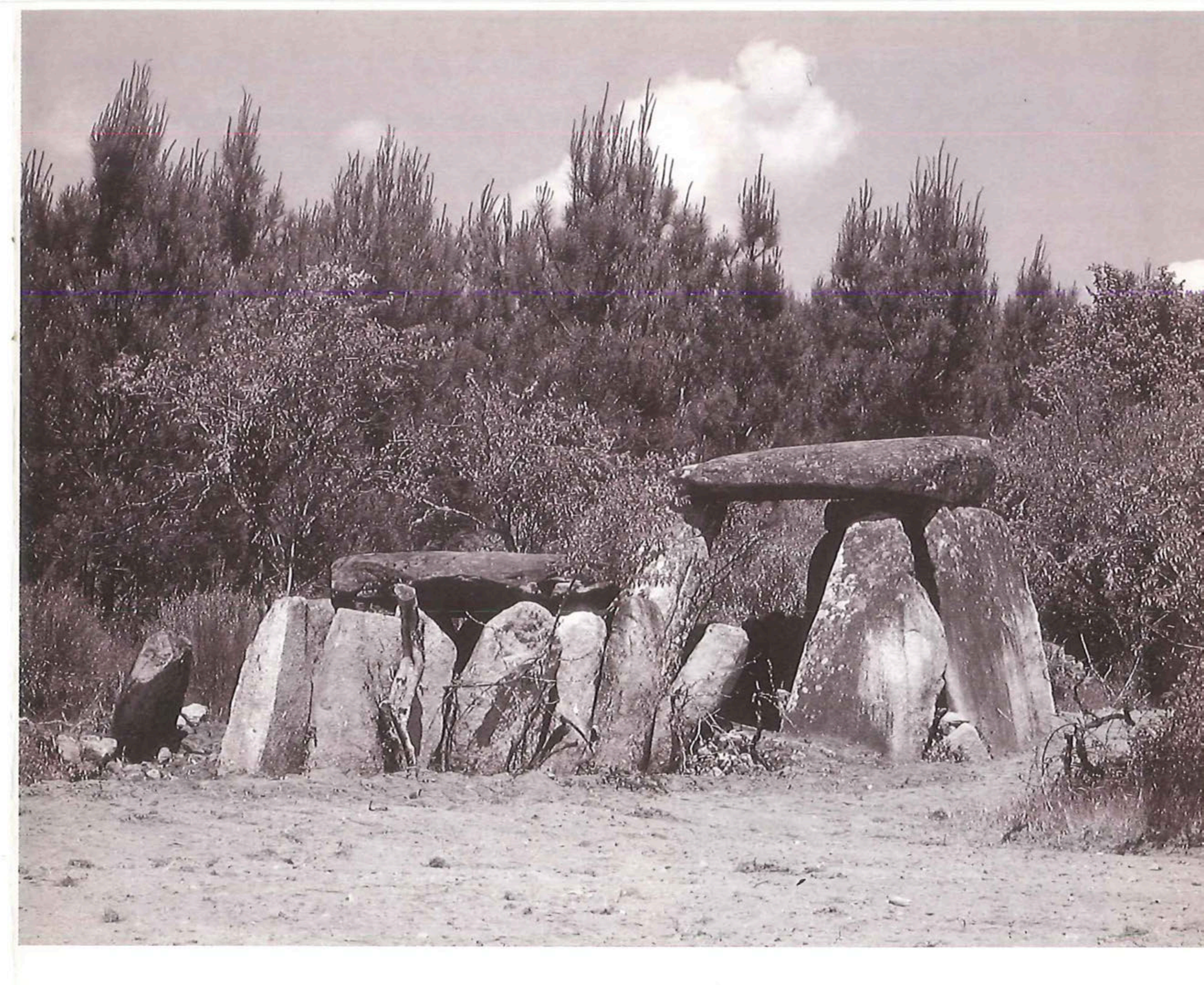
Más original, sin embargo, a la par que conciliatoria, nos parece la tesis de G. D. Clark, quien, no resignándose a aceptar la uniformidad megalítica como simple convergencia —ritos y monumentos fúnebres muy parecidos casi simultáneamente en casi todos los rincones de la *fachada atlántica* europea—, reflexiona sobre el papel que podrían haber desempeñado en una *difusión accidental* de los cultos los pescadores de la zona, a los que ya desde el V milenio se sabe desarrollando una navegación de altura. ¿Se convirtió el mar en encrucijada de hombres y encontró allí el megalitismo su mecanismo de distribución? La historia de la investigación del fenómeno dolménico es todavía demasiado joven para pronunciarse taxativamente en este tema.

## Los dólmenes, palimpsestos

El mayor problema cronológico de los dólmenes es que, a diferencia de las tumbas individuales, no tienen una única fecha de uso, sino tantas como ocasiones fueron objeto de depósitos fúnebres. Ya hemos aludido páginas atrás a que los megalitos son lugares de enterramiento colectivo, de carácter diacrónico, auténticos palimpsestos que se utilizan durante largos períodos de tiempo, lo cual significa que cada inhumación allí presente tiene una cronología distinta. Una cuestión a solventar, por tanto, es *cuándo* fueron fundados estos monumentos, y otra bien distinta *durante cuánto tiempo* estuvieron en uso. La primera nos ilustrará sobre la época en que se implantó el fenómeno megalítico; la segunda hasta cuándo se mantuvo vigente.

Los medios del arqueólogo para llegar a esta información son de dos tipos: la cronología absoluta (normalmente el C-14) y la de base tipológica que proporciona la comparación de los ajuares. La primera resulta particularmente útil para acceder a las fechas iniciales de los megalitos, casi siempre a través de la datación de algún elemento directamente relacionado con su construcción. Con cierta frecuencia se recurre al análisis de carbones procedentes de paleosuelos fosilizados por los túmulos, los cuales representan una fecha *post quem* para la fundación del dolmen; e igualmente, en ocasiones, se valen los arqueólogos de muestras orgánicas (a poder ser, de vida corta) de la propia masa tumular, dando por válido que su deposición se ha producido durante el levantamiento del propio túmulo. Por último, también sería razonable recurrir al análisis de los huesos humanos situados en la base de la cámara, esto es, los depositados directamente sobre su suelo, ya que, en teoría, habrían sido los primeros en enterrarse allí; la experiencia indica, sin embargo, que no suele ser éste un sistema muy fiable por el carácter revuelto de la mayoría de los osarios.

No disponemos de fechas de C-14 *fundacionales* para los grupos dolménicos de toda la península —faltan así, para las problemáticas *rundgraber* del sureste—, pero las conocidas de Galicia (As Rozas, 3200), Tras-os-Montes (Outeiro de Ante, 3830/3590), La Beira (Orca dos Castenairos, 3110), el Duero Medio (El Miradero, 3205/3165), La Lora (Ciella, 3340), el País Vasco (Trikuaitzu I, 3350) y el Ampurdán (Les Arreganyats, 3450) nos permiten decir con alguna rotundidad que en la mayor parte de España y Portu-



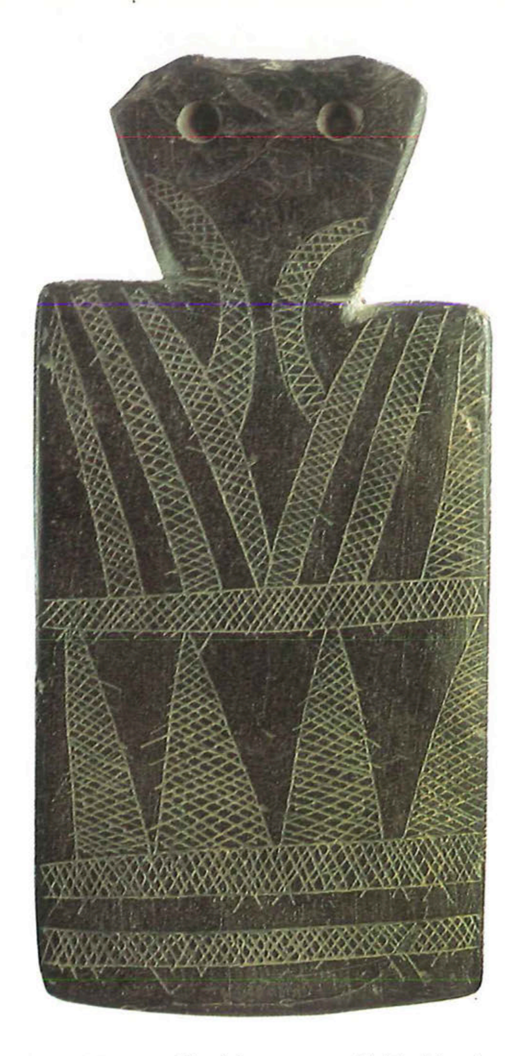
*Sepulcro de corredor exento de Casa da Orca, Cunha Baixa, Portugal (Archivo ICRBC, Ministerio de Cultura)*

gal ya se había iniciado la secuencia megalítica poco después del 3500 a. C., y casi un milenio antes si se opta, como parece correcto hacer, por la calibración de las mencionadas dataciones o por las fechas de termoluminiscencia (4510 y 4440 para Poço de Gateira y Gorginos, respectivamente) del sur de Portugal.

Desde entonces —por supuesto sin entrar en posibles casos concretos de interrupción— el uso de los dólmenes como panteones funerarios prosiguió imperturbable al menos hasta el 2000, en que las inhumaciones de la etapa del Vaso Campaniforme aún se manifiestan sistemáticamente en ellos. Para entonces, ciertamente, muchos de los monumentos ya estaban muy deteriorados, lo que obligó a sus usuarios a disponer los enterramientos con tan singular cerámica por el túmulo, en el corredor, etcétera, y no exactamente en la cámara. Pero en contra de lo argumentado a partir del hallazgo de las célebres fosas simples de la meseta con cerámicas propias del campaniforme Ciempozuelos (Villanueva del Puente o Fuente-Olmedo), el dolmen mantenía por aquella época sus plenas funciones de sepulcro colectivo.

Las cosas cambian desde el inicio de la Edad del Bronce. Las exploraciones de Siret en la necrópolis de El Argar (Almería) revelan que aquellas gentes se inhumaban ordinariamente en sepulturas individuales (cistas de piedra, tinajas, fosas), denotando, al igual que ocurre en otras civilizaciones europeas contemporáneas, una crisis profunda de la tradición dolménica y el surgimiento de una sociedad mucho más contrastada económica y socialmente. Empero, Ferrer ha destacado que algunas de las necrópolis megalíticas del interior granadino continuaban abiertas mediado el II milenio, a juzgar por la presencia en ellas de ajuares argáricos —copas bruñidas, puñales de roblones, espiraliformes metálicos—. La proporción de los sepulcros con materiales de este momento es muy baja, menos del 10 por 100, circunstancia que permite reconocer cierta excepcionalidad, pero en opinión de Ferrer, eso sólo revela la impermeabilidad de las poblaciones megalíticas del interior, que, si bien adoptaron los ajuares clásicos de los grupos costeros del sureste, no hicieron lo propio con su singular ritual funerario, limitándose hasta bien tarde a seguir alimentando con nuevos cadáveres los antiguos osarios colectivos.

El uso de los megalitos aún será más excepcio-



Izquierda, *ídolo-placa de pizarra, procedente de Avis, Museo Nacional de Lisboa.* Derecha, *elementos de ajuar de los tholoi de Alcalar, Museo Nacional de Lisboa (Archivo ICRBC, Ministerio de Cultura)*

nal en el Bronce Final, lo que permitirá hablar de auténticas intrusiones. Lo serían, por ejemplo, el enterramiento en un individuo con 22 brazaletes de bronce en uno de los dólmenes de Fonelas, u otro con adornos similares de la sepultura 33 de Los Millares. Durante la Edad del Hierro e incluso la época romana continuaron depositándose materiales en algunos megalitos, aunque parece problemático que correspondan a ajuares de viejas sepulturas. Ante ello, Glyn Daniel se pregunta irónicamente si es que no habría ya *anticuarios* en esas épocas, o si los indicios en cuestión no serían simples restos de algún divertido *pic-nic* celebrado en el solar de los antiguos monumentos, para concluir apuntando que muy probablemente los dólmenes fueran entonces lugares de culto.

Mas, en realidad, esa posible interpretación cultual se apoya tan sólo en documentos relativamente modernos, como los edictos conciliares de los primeros tiempos cristianos, en los que se advierte a los obispos de la necesidad de cercenar *cultos litolátricos* (Arlés, año 452) o se recomienda expresamente derribar las piedras de bosques y lugares retirados en las que se hacen votos (Nantes, 668). En idéntico contexto, Chilperico de Neustrida, descendiente de Clodoveo, asumiendo su condición de monarca cristiano, ordenó en el siglo VI *destruir todos los monumentos de piedra que existían en los campos*, y también es público que casi por entonces San Martín de Braga se refería críticamente a algunas prácticas paganas vinculadas a los dólmenes del noroeste de la Península Ibérica.

No sabemos si estas costumbres mistéricas relacionadas con los megalitos se remontan hasta tiempos prehistóricos, pero de su rancia tradición advierte la práctica esterilidad de los esfuerzos realizados para desarraigarlas. Seguramente por ello, según decía Mortillet, *la religión optó por la conversión de estos lugares*. Del éxito de la nueva postura habla la cristianización de numerosos menhires y túmulos bretones, y más cerca, en la península, de algunos dólmenes como el *anta-capella* de San Dionisio, en Pavía, en la que el ábside de la iglesia aprovecha el recinto de la cámara de un sepulcro de corredor, o la del dolmen de Santa Cruz, en Cangas de Onís, en el que el monumento prehistórico subyace a una ermita conmemorativa de la batalla triunfalmente librada por Don Pelayo contra los moros.

De este modo, y ya no sólo como ruinas, los dólmenes han llegado hasta nosotros todavía rodeados de un halo de misterio, que nunca se desvanecerá del todo por muchas convincentes explicaciones que se busquen a los mismos. El hombre, subyugado por la magnitud de la obra de sus antepasados, íntimamente orgulloso de ella, se ve alcanzado por un oscuro impulso de rehusar prosaicas interpretaciones y siente con frecuencia la tibia tentación de volver la espalda a los rígidos argumentos de la ciencia. Seguirá, pues, hablándose de héroes, de cíclopes y de brujas, y los dólmenes jamás dejarán de ser sus moradas.

## Panorámica del megalitismo peninsular. Portugal

La idea de que Portugal, donde se registra una impresionante abundancia de monumentos dolménicos, pudiera haber sido la cuna del megalitismo europeo fue expuesta hace poco más de un siglo, en 1886, por E. Cartailhac, quien consideraba que los dólmenes más pequeños de la Beira y Tras os Montes correspondían a una población asentada en el interior descendiente de la epipaleolítica de los concheros del Muge y del Tajo.

Esta tesis, aún contemplada en parte hoy gracias a algunos estudios secuenciales y, sobre todo, a las altas dataciones absolutas obtenidas para determinados monumentos, sin embargo no debe servir para generalizar sobre la antigüedad del megalitismo portugués en bloque, ya que su dispersión cronológica es realmente muy grande, extendiéndose tanto al Neolítico Medio y Final como a la Edad del Cobre.



Un trabajo reciente de Tavares da Silva establece la siguiente evolución de la arquitectura dolménica en el Alentejo litoral. Implantación en la primera mitad del IV milenio de *sepulturas protomegalíticas,* no muy amplias, *cerradas* y con enterramiento individual (nunca osarios grandes), de las que puede considerarse el exponente más típico la tumba de Marco Brando, en cuyo ajuar sólo comparecían algunos microlitos trapezoidales en la línea de los de los concheros epipaleolíticos mencionados. En una segunda fase (dolmen de Palhota) aparecerán sepulturas *abiertas* de cámara subrectangular y estrecho pasillo, ya tumbas colectivas recubiertas por grandes túmulos. El *apogeo del megalitismo* acaece en la fase tercera; se construyen verdaderos *sepulcros de corredor* (por ejemplo, Pedra Branca), en cuyo interior se depositan algunos elementos de ajuar igualmente representativos, como los ídolos-placa de pizarra grabados *(alentejanos)* y las primeras puntas de flecha con base cóncava. la fase cuarta se reservaría a las *tumbas de cúpula,* de planta circular y corredor, tipo Monte de Outeiro, cuya introducción se produciría ya en la segunda mitad del III milenio, conjuntamente con el primer metal.

La mencionada secuencia se considera en general ilustrativa del desarrollo megalítico en el sur y centro de Portugal; pero incluso en el extremo septentrional, en la región de Tras os Montes, parece confirmarse, tras las excavaciones de V. Oliveira Jorge, que las pequeñas sepulturas cerradas (dólmenes poligonales, sin pasillo, como Meninas do Castro 2 y Outeiro dos Gregos 3) también son anteriores a los grandes sepulcros de corredor. Sin embargo, no pueden pasarse por alto algunas excepciones, como las de los sepulcros de largos pasillos de la Beira (Carapito u Orca dos Castenairos), cuya cronología en el IV milenio parece ratificada por el radiocarbono, o con la de las *antas* (sepulcros de corredor corto, reducido a dos lajas apaisadas) en la región de Reguengos de Monsaraz, en el Alentejo interior, cuyo sincronismo respecto a las sepulturas de la fase segunda de Tavares parece evidente.

Digna de mención es la costumbre, bastante arraigada en la Extremadura portuguesa, de utilizar como monumentos funerarios colectivos cuevas artificiales. Observan comúnmente la forma de los sepulcros de corredor, en los que se inspiran, como en los casos de Carenque, Alapraia y Palmela, en los alrededores de Lisboa. Su construcción, a juzgar por la proximidad de sus ajuares respecto a los de los sepulcros de corredor *alentejanos* de la tercera fase de Tavares, así como por ciertas fechas



de C-14 (por ejemplo, de la cámara occidental del conjunto de Praia das Macas) ha de situarse en la primera mitad del III milenio, aunque continuaran en uso hasta época campaniforme. Sin embargo, a partir del 2500 a. C. las sepulturas de nueva construcción van a ser normalmente tholoi y, al igual que ocurre en otras zonas meridionales de la península, casi siempre aparecerán instaladas en las inmediaciones de poblados permanentes, muchas veces fortificados con murallas, del tipo de Vila Nova de São Pedro y Zambujal en la región de Lisboa, de Alcalar y Santa Justa en el Algarve o del Monte da Tumba en el Alentejo.

## Andalucía y Extremadura

En el *sudeste* la arquitectura megalítica adquiere su mejor expresión en el seno de la *Cultura de Almería,* cuya plenitud coincide con el horizonte de Los Millares. Ya hemos visto cómo por entonces, hacia la mitad del II milenio, se impone un tipo de poblado, fortificado y perfectamente estable, junto al cual brota inexcusablemente el cementerio constituido por tholoi. Ese es el modelo de asentamiento constatado durante la Edad del Cobre en toda la zona desértica almeriense (además de Los Millares, anótense los poblados de Almizaraque, El Tarajal), así como en algunas zonas del interior granadino (Gor, Los Castellones de Laborcillas) y hasta en tierras de Murcia, a juzgar por el reciente descubrimiento del poblado bastionado del cabezo del Plomo, en Mazarrón.

No obstante, previos a esta fase Millares, Luis Siret reconocía estadios más antiguos de la Cultura de Almería —por ejemplo la Etapa El Garcel— en los que ya estaban presentes las tumbas megalíticas. Estas, circulares y sin corredor (las llamadas *rundgraber*), con sus ajuares arcaicos constituidos básicamente por geométricos, brazaletes de pectúnculo y caliza, y cerámicas lisas, reflejan un horizonte neolítico indiscutible, para el que aún no hay fechas absolutas, y han sido valorados en más de una ocasión como el precedente local de los grandes sepulcros de cúpula de la zona.

Unos pocos kilómetros al norte del poblado de Los Millares, entre la Rambla de Huéchar y el municipio de Alhama de Almería, ha sido localizada re-



Izquierda, *detalle del aparejo de la cámara sepulcral de El Romeral, Antequera, Málaga.* Derecha, *sepulcro de cúpula de La Encantada, Almizaraque, Cuevas de Almanzora, Almería (Archivo ICRBC, Ministerio de Cultura)*

cientemente una gran necrópolis megalítica cuya arquitectura ortostática contrasta vivamente con la de las estructuras de aparejo pequeño de los tholoi millarenses. Se considera la avanzada más oriental de un tipo de tumba dolménica ampliamente representada en Málaga y Granada, formando muchas veces amplias necrópolis extendidas a lo largo de kilómetros, como en Montefrío, en Los Eriales de Laborcillas, etcétera. Según Ferrer, el inicio del *proceso de megalitización* de este territorio debió iniciarse en el IV milenio como consecuencia de un estímulo occidental, llamando la atención sobre el hecho de que simultáneamente cuajaran en la zona modelos de megalito tan opuestos como los sepulcros de corredor y las galerías cubiertas. Sólo en una segunda fase, probablemente coincidiendo con la aparición de la metalurgia, surgirán en el territorio sepulcros de cúpula tan imponentes como el de El Romeral, o cuevas artificiales como las del Alcaide, ambas en la provincia de Málaga.

En la *Baja Andalucía* destaca el nutrido brote megalítico de la provincia de Huelva, estudiado modernamente por Piñón. Una vez más, su plenitud, coincidente con el Calcolítico, se caracteriza por la adopción de sepulcros de cúpula (San Bartolomé de la Torre, El Moro de Niebla), que en el caso de los de La Zarcita corresponden a un poblado con muros bastionados instalado sobre el Cabezo de Los Vientos. Los mismos tholoi con desarrolladísimos pasillos se localizan en el Bajo Guadalquivir, en el grupo de Matarrubilla. La fase megalítica inicial no depara en Huelva, empero, esa imagen de homogeneidad; la introducción del megalitismo en las sierras onubenses coincide, a decir de Piñón, con la aparición de pequeñas galerías o mejor *sepulcros de cámara y corredor en V,* que con el paso del tiempo —caso de la necrópolis de Pozuelo— se agrupan sirviéndose varias de ellas de un único pasillo. Son los llamados *grandes dólmenes,* polilobulados, que llegan a tener cinco cámaras bajo el mismo túmulo.

En trabajos recientes se ha sopesado la posibi-



lidad de que los constructores de los más antiguos dólmenes de Pozuelo estuvieran involucrados ya, en torno al 3000, en experimentos metalúrgicos, aduciéndose la existencia de modestas explotaciones de mineral de cobre a cielo abierto no lejos de algunos monumentos megalíticos. Se trata, no obstante, de una hipótesis sin contrastar, que no nos impide afirmar de momento que las más antiguas galerías onubenses fueron erigidas por grupos neolíticos, muy probablemente no al margen de quienes, poco antes, hicieron lo mismo en el sur de Portugal.

Parecida secuencia megalítica se registra en *Extremadura.* Las consabidas formas simples de los primeros momentos han sido bien documentadas recientemente por P. Bueno en la comarca de Valencia de Alcántara. Y de los episodios ulteriores, con tholoi, dan cuenta numerosos yacimientos pacenses, entre los que destacaríamos por su importancia el de La Pijotilla, excavado por Hurtado.

## Galicia y Asturias

Aunque los varios millares de megalitos reconocidos actualmente dan cuenta por sí solos de la dimensión del fenómeno dolménico en *Galicia,* sin embargo es público que dicha cifra no es sino un pálido reflejo de la que existió realmente. En efecto, noticias como la del licenciado Vázquez de Orxás, que en el siglo XVII demanda a los destructores de más de tres mil dólmenes en las actuales provincias de Orense y Lugo (Friol, Mondoñedo, Melide, etcétera), o como las de Murguía, que en 1888 afirmaba no existir una sola tierra sin cultivar en Galicia en la que no existiera una mámoa o tú-



Izquierda, *cámara simple de Valle Pepino, Valencia de Alcántara, Cáceres.* Derecha, *galería cubierta de La Mina de Farangortea, Artajona, Navarra (Archivo ICRBC, Ministerio de Cultura)*

mulo megalítico, indican que la densidad de estas sepulturas prehistóricas era extraordinaria, superior a la de las zonas más privilegiadas de Portugal.

La evolución de la arquitectura megalítica en el noroeste plantea todavía muchas incógnitas, pero en la actualidad propende a distinguirse una fase anterior, con dólmenes de cámaras poco desarrolladas, y otra de plenitud con sepulcros de corredor monumentales. Los primeros, a tenor de la cronología de As Rozas I y Chan da Cruz I (3160 y 3260 a. C. respectivamente), ambos en Pontevedra, se situarían, pues, en la segunda mitad del IV milenio; por el contrario, las tumbas de pasillo desarrollado, cuyos túmulos no suelen alcanzar nunca a recubrir la parte cimera de los ortostatos ni las cubiertas planas, serían posteriores al 3000 (As Pereiras, 2900, y Os Campiños, 2350).

Las últimas investigaciones de Criado se han dirigido al estudio del megalitismo como elemento modelador del paisaje gallego, observándose que los dólmenes en su gran mayoría *no* se ciñen a los mejores terrenos agrícolas (los valles, las tierras bajas), sino a aquellos de montaña y media montaña tradicionalmente aprovechados para el cultivo de centeno. Diríase, pues, que las poblaciones megalíticas mostraron sus preferencias por las tierras ligeras montañosas, no las más fértiles pero sí las de más fácil roturo, en vez de por las pesadas, más ricas pero también más difíciles de poner en cultivo, entre otras razones debi-

do a su espesísimo manto arbustivo, con la precaria tecnología neolítica.

Hacia el este, en las tierras interiores del occidente de Asturias, se manifiestan prácticamente los mismos tipos dolménicos registrados en Galicia, entre ellos, por ejemplo, los sepulcros de corredor, mientras que en el extremo oriental del principado, donde se localiza la famosa necrópolis dolménica de la Sierra Plana de Vidiago, muy cerca del mar, los túmulos encierran estructuras megalíticas más sencillas, a veces reducidas a la mínima expresión, si es que no llega a faltarles por completo el esqueleto dolménico (Altu La Maya II o Piedrafita de Soto). En el occidente asturiano, por lo tanto, se vislumbra un brote megalítico de mayor personalidad, lo que no obsta para reconocer que los influjos del arte dolménico del Noroeste llegaron hasta Cangas de Onís (pinturas del dolmen de Santa Cruz).

## *Las tierras interiores. País Vasco y Navarra*

El espacio meseteño parece haber permanecido en buena medida al margen del fenómeno megalítico, según se deduce de la rareza de los dólmenes conocidos. Sólo en las penillanuras salmantinas y en el extremo nororiental —parameras burgalesas/Rioja— existen brotes de cierta entidad, en los que predominan los sepulcros de corredor fundados a partir de fines del IV milenio. El descubrimiento, empero, de algunos monumentos aislados, como los de Carrascosa en Soria, Sigüenza en Guadalajara, Bernuy Salinero en Avila, o Simancas y Villanueva de los Caballeros en Valladolid, exige un margen de confianza para que en el futuro este mundo adquiera una mejor definición.

Los dólmenes vascos, que en cierto modo ofrecen una dimensión viva que falta a las de otras regiones por el hecho de verse incorporados a leyendas de fuerte arraigo popular, han sido objeto de interés científico desde fines del siglo pasado e inicios del presente (Iturralade y Suit, Aranzadi, Ansoleaga, Barandiarán, Eguren...), lo que explica que los catálogos de Elósegui o Apellániz situaran hace varios lustros el número de los conocidos en más de cuatro centenares. La intensificación de las prospecciones, sin embargo, ha permitido en los últimos años a Armendariz casi doblar esa cifra, proponiendo la de 800.

Existe la idea, en general, de que los megalitos de esta zona, por corresponder a grupos de economía ganadera, se hallan situados invariablemente en las sierras con buenos pastos (Aralar, Altzania, Urbasa, etcétera), en altitudes medias y altas (800-1300 m), lo cual no es del todo cierto, pues uno de los núcleos más representativos se sitúa prácticamente junto al Ebro, en la Rioja alavesa. A causa de ello ha sido propuesto en los últimos años distinguir entre *dólmenes de montaña y de valle,* comprobándose que buena parte de los últimos se sitúa en el País Vasco meridional, al sur de la Sierra de Cantabria.

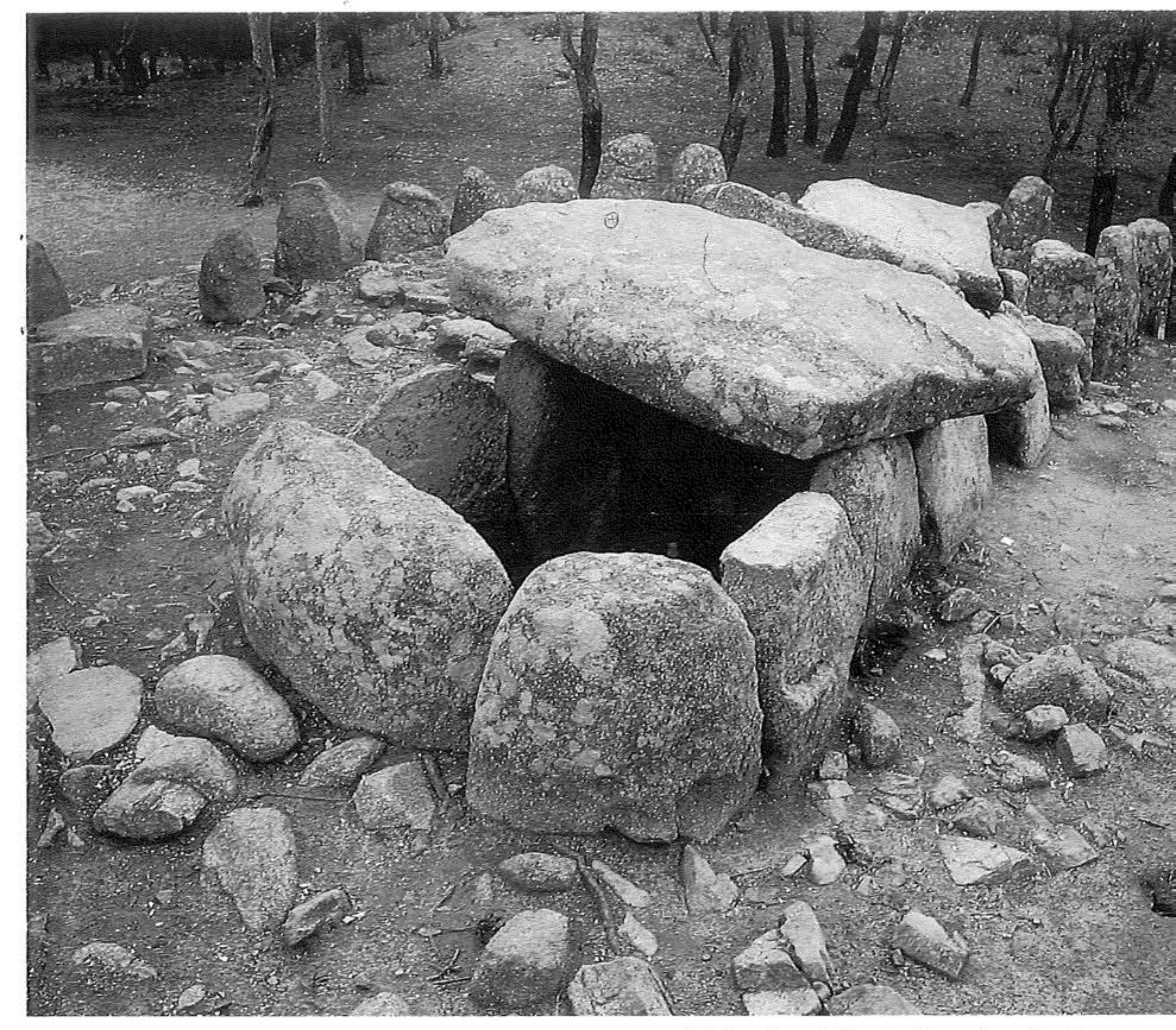
Esta división espacial del megalitismo vasco, además, parece trascender al plano arquitectónico, ya que mientras la mayoría de los dólmenes meridionales, en la línea de los logroñeses de la zona de Nalda de la margen derecha del Ebro, responde al esquema más clásico de sepulcro de corredor (por ejemplo, los alaveses de El Sotillo o San Martín), en el norte prevalecen los dólmenes simples y, más excepcionalmente, las galerías cubiertas con lajas transversales perforadas, como las del grupo de Artajona. Si bien estas últimas, en función de la relativa modernidad de sus ajuares, parece claro que constituyen manifestaciones avanzadas del megalitismo local, en el caso de los sepulcros de corredor y de los dólmenes simples parece posible defender su precocidad (están presentes ya en el IV milenio) y relativa simultaneidad, sin que se haya precisado el grado de relación genética entre ambos.

Desde hace medio siglo la hipótesis de que el foco dolménico vasco y el catalán no vivieron de espaldas entre sí ha sido repetidamente por Pericot, luego por Almagro y Beltrán, etcétera. Las investigaciones recientes de T. Andrés en el Pirineo de Huesca ha facilitado la identificación de suficientes tumbas megalíticas en este espacio (las de Cornudella, por ejemplo), como para que no queden dudas sobre ello.

## *Cataluña*

El número de megalitos reconocido en Cataluña no es muy elevado —en torno a tres centenarees— pero sí es alta porcentualmente la cifra de los que han sido objeto de excavación, lo cual ha permitido establecer una buena seriación de los mismos (sepulcros de corredor y galerías cubiertas/cámaras simples/cistas megalíticas) y precisar en ciertos casos la personalidad de algunos grupos regionales. En este último aspecto Vilardell y Castell llaman la atención sobre la posible segregación de dos grandes áreas megalíticas en Cataluña, una situada al norte y el este del Llobregat, más abierta al litoral, donde se sitúa la mayor parte de los sepulcros de corredor y las galerías cubiertas, esto es, las formas más precoces, y otra al noroeste de dicha demarcación, centrada en la zona pirenaica del Alto Urgel, que se supone más tardía en función de que en la misma prácticamente sólo se conocen dólmenes simples y cistas megalíticas.

Las cronologías cortas defendidas hasta hace pocos años para las primeras manifestaciones se han visto contestadas por las fechas de C-14 de algunos sepulcros de corredor del Alto Ampurdán (Les Arrengayats, 3450 a. C.), alargando insospechadamente la secuencia dolménica regional. La construcción de galerías cubiertas y *galerías catalanas* (o falsas galerías, pues los ortostatos decrecen de tamaño conforme se aproximan a la entrada, a las que también se llama *tipo Aude* por su inspiración en modelos meridionales franceses) es inmediatamente posterior, atribuyéndose al grupo cultural de Veraza. Y en cuanto a los dólmenes simples y cistas, parece oportuno acercarlos al fin del III milenio, sobre la base de la reiterada presencia en los mismos de materiales campaniformes.



Galería catalana *de Cova den Dayna, Ampurdán, Gerona (Archivo ICRBC, Ministerio de Cultura)*

# Bibliografía

Almagro, M. y Arribas, A. *El poblado y la necrópolis megalíticos de Los Millares (Santa Fe de Mondújar, Almería),* Bibliotheca Praehistorica Hispana, III, Madrid (1963). Almagro Gorbea, M. J. *Los ídolos del Bronce I Hispano,* Bibliotheca Praehistorica Hispana, XII, Madrid, 1973. Apellaniz, J. M. *Corpus de materiales de las culturas prehistóricas con cerámica en el País Vasco Meridional,* Supl. de Munibe, San Sebastián,, 1973. Arribas, A. Megalitismo peninsular, *Primer Symposium de Prehistoria de la Península Ibérica,* septiembre, 1959, Pamplona, p. 69 ss., 1960. Arribas, A. y Molina, F. Estado actual de la investigación del megalitismo en la Península Ibérica, *Francisco Jordá Oblata,* Salamanca, p. 63 ss., 1984. Beno, P. Los dólmenes de Valencia de Alcántara, *Excavaciones Arqueológicas en España* (Ministerio de Cultura), n.º 155, Madrid, 1989. Daniel, G. Northmen and Southmen, *Antiquity,* XLI, p. 313 ss., 1967. Delibes, G. y Santonja, M. *El fenómeno megalítico en la provincia de Salamanca,* Salamanca, 1986. Ferrer Palma, J. E. Consideraciones generales sobre el megalitismo en Andalucía. Rev. Baetica, 5, Málaga, 1982. Jorge, V. O. *Megalitismo do Norte de Portugal: O distrito do Porto. Os Monumentos e a sua problemática no contexto europeu,* Porto (Tesis doctoral multicopiada), 1982. Joussaume, R. *Des dolmens pour les morts, Les metalithismes a travers le monde,* Poitiers, 1985. Leisner, G. y V. *Die Megalithgräber der Iberischen Halbinsel,* Berlín, 1943 y ss. Renfrew, C. Ed. *The megalithic monuments of Western Europe,* Londres, 1981. Shee, E. *The megalithic art of Western Europe,* Oxford, 1981. W. AA. *Megalithic graves and ritual,* Papers presented at the III Atlantic Colloquium, Moesgard, 1969. W. AA. *Actas de la Mesa redonda sobre Megalitismo Peninsular,* Madrid, 1984, Madrid, 1986. W. AA. *El megalitismo en la Península Ibérica,* Madrid, 1987.

# Conoce el Patrimonio Histórico Andaluz

**Arquería de la Casa del Ejército, en Madinat al Zahra (Córdoba)**



*Consejería de Cultura*

*Dirección General de Bienes Culturales*

*JUNTA DE ANDALUCIA*



*Estela de Fonelas, Granada (Archivo del ICRBC, Ministerio de Cultura)*

# El megalitismo ibérico

## Textos

CUADERNOS historia 16

*Precisiones de P.R. Giot sobre el término «megalítico»*

RECORDEMOS que el adjetivo «megalithic» fue introducido por el Reverendo Algernon Herbert, Decano del Merton College de Oxford, en 1983, tratando sobre los monumentos de Inglaterra y de Bretaña continental. El sustantivo «megalithic» fue forjado por el doctor F. C. Lukis, de Guernesey, en 1853; el adjetivo «mégalithique» es utilizado en francés por René Galles desde 1863 en relación con los monumentos de Morbihan, y se vio avalado por el Congreso Internacional de Antropología de 1867. Son términos de una significación relativa, sin embargo, en relación con su sentido etimológico «de grandes piedras».

En las grandes construcciones megalíticas, sean cuales sean, hay siempre empleo complementario de aparejo pequeño, y hay muchos grandes edificios megalíticos construidos casi únicamente con piedras pequeñas, aparte de las «mesas» de cubierta. Es el volumen de las piedras involucradas en la obra lo que puede justificar la misma denominación para ellos y para las versiones en las que las grandes piedras juegan un papel aparentemente mayor.

Incluso, entre las formas asociadas a estas grandes construcciones, sobre todo a las de cámara, se encuentran las cuevas artificiales, excavadas en materiales que se prestan a ello (por ejemplo la creta), y también las grutas naturales, debidamente adecuadas, de ciertas regiones.

No se debe perder de vista la posibilidad de grandes monumentos de madera, con estructuras total o parcialmente «megaxílicas», que no habrían dejado apenas huellas patentes.

En fin, para muchos interlocutores la noción de megalito se restringe a las diferentes variedades de piedras hincadas. Es una restricción excesiva que no resulta conveniente sino a la inversa: olvidemos la rigidez del criterio de las losas hincadas bajo el pretexto de que muchas de ellas han sido erigidas en otras épocas que no son el Neolítico...». *(P. R. GIOT, Le mégalithisme, en «La Préhistoire de France». II. Civilisations néolithiques et protohistoriques (sous la direction de J. Guilaine), Paris, 1976, p. 202.)*

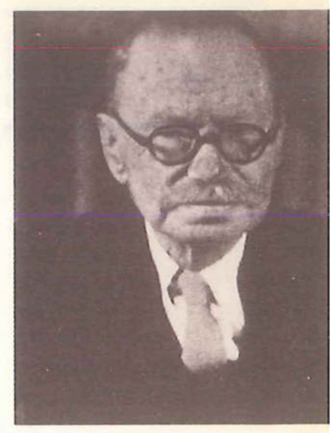
*La interpretación de G. Childe, de gran vigencia hasta los años 60*

MUY poco después del 2000 a. C. existen indicios explícitos relativos a una actividad marítima de los egeos en el Mediterráneo central y occidental. Puede que esta actividad hubiera empezado, incluso, antes de esta fecha. [...] Los supuestos precursores de las colonias griegas de los tiempos históricos están representados, sobre todo, por necrópolis de tumbas colectivas que aparecen de manera bastante repentina en el sureste de Sicilia; en Paestum, un poco al sur de Nápoles; en Cerdeña; cerca de Arlés en el delta del Ródano; en Almería y en el sur de Portugal. Los asentamientos fortificados a los que pertenecían estos cementerios sólo se conocen en Los Millares, a 8 kilómetros de Almería, remontando el curso del Andarax, y en un par de sitios cerca del estuario del Tajo. Las inhumaciones colectivas, que parecen una innovación en Occidente, se practicaban desde los tiempos neolíticos en las costas del Mediterráneo oriental. Los asentamientos costeros representados por estas necrópolis fueron establecidos más o menos en los lugares en que se fundaron, en los tiempos históricos, las colonias griegas de Occidente. Por tanto, el cementerio de Paestum hubiera podido pertenecer a una ciudad que sería la precursora prehistórica de Cumas, la colonia griega más antigua de Occidente, y el de cerca de Arlés podría pertenecer a un precursor de Marsella, la primera fundación griega en el mediodía de Francia.

Pero debo insistir en que estos cementerios no son muestra de

una sola cultura, ni siquiera de un solo ciclo cultural. Ninguna de las diferentes culturas representadas tiene una réplica exacta en el Egeo ni en ninguna parte del Mediterráneo oriental. Los tipos de tumbas varían de un lugar a otro y ninguno de ellos tiene más que analogías generales con las tumbas egeas o con las de Levante. Los objetos funerarios varían igualmente. En una palabra, si los explotadores y mercaderes del Egeo ayudaron a fundar las colonias griegas de la Edad del Cobre en Occidente, no llevaron consigo un utillaje material ni un sistema ideológico acabados, ni mantuvieron contacto con su tierra natal que hubiera podido suministrarles artículos fabricados, como sucedió con los colonos helénicos de los tiempos históricos.

La mejor explicación que tenemos para los fenómenos examinados [analogía de tumbas, de ritos fúnebres, de símbolos, de ídolos] parece ser la existencia de una verdadera colonización realizada por gentes del Mediterráneo oriental. *(V. G. CHILDE «Los orígenes de la prehistoria europea». Ed. Ciencia Nueva, Madrid, 1968, pp. 130-138. Edición original «The Prehistory of European Society», Penguin Books Ltd., Harmondsworth, Middlesex, 1958.)*



*Vere Gordon Childe*

**C. Rentrew desacreditó el orientalismo de los dólmenes atlánticos**

CUANDO hacemos entrar en juego las fechas suministradas por el radiocarbono las tesis de la colonización se hacen insostenibles. Según la cronología tradicional los primeros dólmenes de corredor de la Península Ibérica serían posteriores al 2700, dado que sus supuestos prototipos del Egeo no pueden ser mucho más precoces, y también de acuerdo con la explicación tradicional la Península sería el foco de origen de los megalitos bretones [...] inspirados, como explicaba Childe ya en 1957, «en modelos ibéricos, concretamente portugueses». [...] Ante ello juzgamos oportuno hacer referencia aquí a las más antiguas fechas conocidas para los dólmenes de corredor bretones. Estamos ahora en posesión de una excelente serie de fechas C 14, merced a las excavaciones sistemáticas del profesor Giot de la Universidad de Rennes [Sept Iles, Barnenez A, F y G, Ile Carn, Kercado], que muestran que los dólmenes de corredor de allí, algunos con techo de falsa cúpula, eran ya construidos en dichas regiones con anterioridad a 2.500 en años de radiocarbono y, por tanto, antes de 3.300 aproximadamente en años solares. Evidentemente, si su último origen hubiera sido el Egeo se impondría que el contacto se hubiera producido bastante antes del 3000. Pero entonces no existían tumbas colectivas en el Egeo. Las fechas bretonas, incluso no calibradas, hacen absurda la tesis difusionista.

Por otra parte, podemos ya afirmar sin lugar a dudas que las primeras construcciones de Los Millares y sus dólmenes de corredor son bien anteriores a la época en que pretendidamente sus prototipos se expandieron por el Egeo. Y está claro que formas más simples de sepulturas megalíticas han hecho su aparición [en la Península Ibérica] en fechas aún mucho más tempranas.

De ahí que la interpretación difusionista de los pretendidos orígenes peninsulares se hunda totalmente. [...] Está claro que la tradición peninsular del enterramiento colectivo en tumbas megalíticas, no debe nada a una influencia egea. [...] Los prehistoriadores han de considerar, pues, los orígenes de las sepulturas megalíticas de Europa... *((C. RENFREW, «El alba de la civilización. La revolución del radiocarbono y la Europa prehistórica», Ed. Istmo, Madrid, 1986, p. 95-98. Edición original, «Before Civilization. The Radiocarbon Revolution and Prehistoric Europe», London, 1973.)*

*Sobre los peligros que acechan al patrimonio arqueológico*

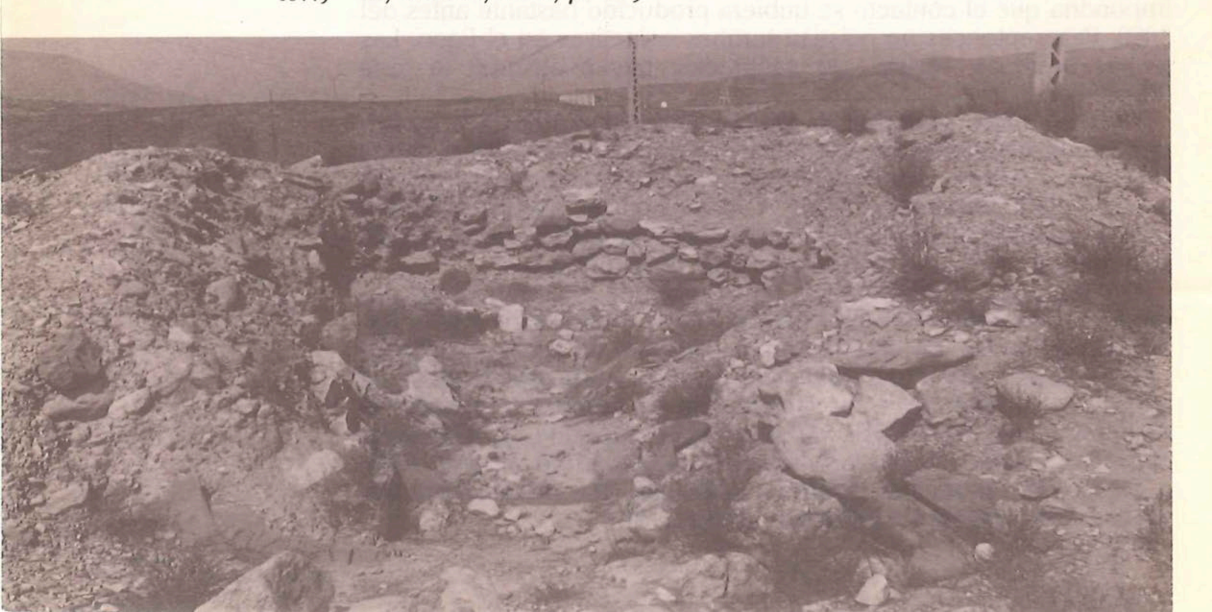
YO no sé si hago bien o hago mal en hablar al congreso en estos momentos de emoción, de despedida, para manifestar algo desagradable. Hemos vivido aquí todos momentos sumamente felices, hemos recibido atenciones innúmeras y cordialidad que esperábamos, porque conocíamos la espiritualidad de esta tierra generosa y simpática, pero no quiero irme a mi casa, no quiero despedirme de mis colegas llevándome yo solo esta pena que llevo dentro, y quiero saber si la comparten, y, caso de que la compartan, que constase en acta.

Esta mañana hemos ido a Los Millares. Mi colega el doctor Pericot ha expuesto también la emoción con que todos nosotros hemos ido a Los Millares, porque es una estación para nosotros cumbre de nuestros estudios de los años mozos, que hemos discutido en sus distintos aspectos, en su fase cronológica, etc. Pues bien, hemos llegado a Los Millares y nos hemos encontrado con que Los Millares, esto es, la magnífica y sin par necrópolis megalítica de sepulcros de cúpula de Los Millares, había desaparecido. Esto ha sido una sorpresa para nosotros penosísima.

Los Millares, todos lo saben, es una estación prehistórica de fama internacional; yo diría que la fama de Los Millares va muy cercana a la fama de la cueva de Altamira. Los Millares no existe más que en el mapa; existe, sí, un poblado por excavar, cuyos resultados es de esperar que sean notables, pero lo que era positivamente notable era el conjunto sin par, repito, en España y aún en Europa entera, de estos sepulcros de cúpula que nos hablan de tantas relaciones, como acaba de exponer en su conferencia el doctor Pericot, con los pueblos que fueron de aquí; que nos hablan de la prosperidad de Almería y de la prosperidad de España.

Ha desaparecido, digo, no por la fatalidad de los elementos, sino por la mano humana, sin duda inconsciente del daño que provocaba, no sólo a la Arqueología española, sino también el buen nombre de España. Por eso quería que constase en acta para que pueda servir de ejemplo nuestra protesta de manera que en lo sucesivo no se produzcan catástrofes científicas como éstas. *(Intervención del doctor Castillo Yurrita ante el Congreso de Arqueología del Sudeste celebrado en Almería en el año 1949. Recogido en ALMAGRO, M. y ARRIBAS, A. El poblado y la necrópolis megalíticos de Los Millares (Santa Fé de Mondújar, Almería), Bibliotheca Praehistorica Hipana, III, Madrid, 1963, p. 25.)*

*Una muestra de la destrucción del poblado de Los Millares, sobre el que se tendió una línea eléctrica y fue víctima del vandalismo de sus asaltantes (fotografía de 1977)*



**Implicaciones sociales de la arquitectura megalítica**

DECIR que *el megalitismo es la primera arquitectura monumental* significa que *es la primera arquitectura cuya realización requiere:*

a) La inversión y consumo de cientos o miles de horas de trabajo;

b) el esfuerzo coordinado y bien dirigido de muchos individuos;

c) una planificación coherente y minuciosa de todas las fases de trabajo, cada una de las cuales exigiría una superespecialización muy concreta; entre estas labores diferentes que deberían de haber sido acometidas en el curso de la construcción de un monumento, podemos citar:

— Extracción de las losas, que por un lado requeriría una labor previa de selección del material más adecuado, (con lo que esto lleva implícito de conocimiento pormenorizado de todo el medio geológico), y por otro se concretaría en el desprendimiento de las losas de la cantera.

— Labrado de las losas (cuando lo hay, que no es en todas la ocasiones).

— Transporte de los ortostatos.

— Levantamiento de los mismos.

— Diseño de la planta del monumento, que debe responder a un plan único y uniforme, equilibrado y en el se hayan realizado los correspondientes cálculos de contrarresto y anulación de empujes para que la obra no se desmorone.

— Construcción del túmulo.

De estas evidencias se derivan implicaciones muy significativas. En primer lugar destaca la certeza de que la construcción de un monumento megalítico supone *la reunión, por primera vez, de cantidades ingentes de trabajo y esfuerzo* que son dedicadas a una obra que se puede calificar de *ostentosidad grupal,* y que no se destinan a una labor inmediata y directamente productiva. Se puede sospechar que esa *reunión de ingente cantidad de energía se basa en la expropiación de trabajo* a los individuos del grupo. A su vez, esta circunstancia, unida al hecho ya indicado de que la construcción de un monumento megalítico, dada la propia naturaleza de la obra, requería una *dirección capaz de unificar y coordinar esfuerzos muy diversos,* parece apuntar en el sentido de la existencia de una *función directora.*

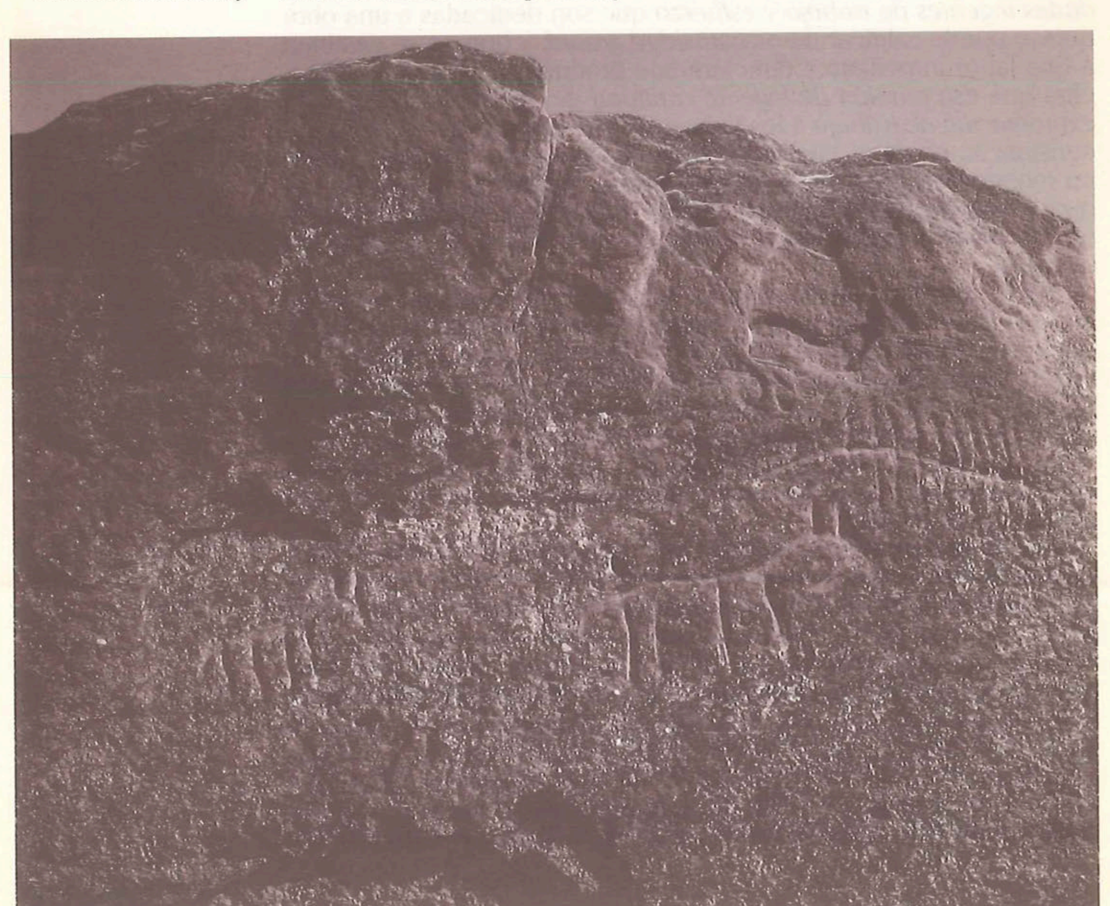
Como corolario de estas observaciones tendremos que es posible que *las sociedades megalíticas no sean las sociedades igualitarias* que tradicionalmente se han considerado; o por lo menos habrá que tener mucha cautela en la utilización que se haga de este término, ya que, si con él significamos inexistencia de auténticas y rígidas clases sociales, podemos aceptarlo, pero si con él nos referimos a la inexistencia de jerarquías o de algún tipo de distribución de la autoridad y el poder, entonces estaremos incurriendo en una grosera tergiversación.

Insistir en que *el megalitismo es la primera arquitectura monumental* significa que *es la primera arquitectura que representa un hito sobre el espacio:* el monumento es hecho para dominar el entorno y para definirse sobre él (para *ver y ser visto);* es una construcción que mantiene un auténtico y profundo diálogo con el espacio; pero significa también que *es la primera arquitectura que no sólo desafía al tiempo,* sino que, además, *ha sido hecha y concebida para desafiarlo, para resistirlo, para sobreponerse a él.* Estas dos constataciones simbolizan un cambio radical, una vigorosa transformación, en el propio sentido de la arquitectura, ya que si se compara arquitectura megalítica con la que le precede, se comprueban

diferencias notables. No es lo mismo construir un monumento megalítico que hacer una choza provisional, de materiales perecederos. Y ello no sólo por la magnitud del sustantivo, de la obra: *monumento/choza* (la realización de esta última no requiere, evidentemente, ninguna de las complicadas labores imprescindibles para construir el primero); sino sobre todo por el sentido del adjetivo, por el tipo de la obra: *megalítico/material perecedero* es equivalente a *eterno/provisionalidad,* o a cualquier otra de las múltiples reescrituras con las que también es posible plasmar y representar esta oposición. Entre uno y otro tipo de obra media un abismo: el megalitismo *es la primera creación humana que distorsiona el paisaje;* el monumento megalítico transforma el entorno sobre el que se sitúa, otorga una significación nueva al espacio preexistente. El espacio natural sobre el cual se emplaza un túmulo megalítico cobra una adjetivación original que lo convierte en un nuevo tipo de espacio: de hecho ha dejado de ser mero entorno natural para pasar a ser entorno humanizado. Esto lo logran las sociedades megalíticas utilizando los dos recursos que antes hemos señalado: *construyendo una arquitectura monumental en todos los sentidos,* que, por un lado, *domina el tiempo* (es una arquitectura petrificada y revestida de todas las soluciones arquitectónicas necesarias para hacerse tan imperecedera como el entorno), y, por otro, *dominando el espacio* (para lo cual adopta una forma específica, el túmulo, y un emplazamiento concreto, presidido y determinado por la «lógica de la visibilidad»).

De todas estas observaciones se deduce que *es ahora, durante la época megalítica, cuando en Galicia se asiste por primera vez a este proceso,* creado por el hombre, de desestructuración-desmembración del entorno previo, y reestructuración-recombinación en un

*Grabados en el corredor del sepulcro de Cubillejo de Lara, Burgos (Archivo del ICRBC, Ministerio de Cultura)*



entorno nuevo. *(F. CRIADO, M. J. AIRA RODRIGUEZ y F. DIAZ-FIERROS. «La construcción del paisaje: megalitismo y ecología. Sierra de Barbanza (Galicia)». Publicaciones de la Xunta de Galicia, Santiago, 1986, p. 173.)*

## Sobre la diversidad del «arte megalítico»

EL estudio del arte megalítico nos ha mostrado la existencia de varios grupos locales. En la Península Ibérica las pinturas de la región de Viseu forman un grupo con bastante personalidad. En Bretaña se observará un desarrollo de los grabados simples de los primeros sepulcros de corredor a los más elaborados de los mayores sepulcros de corredor y de las «sepulturas en esquina». En Francia los grupos más tardíos son aquellos de las galerías de Bretaña y la cuenca de París, de los hipogeos parisinos y de los monumentos del Centro-Oeste. En Irlanda se conocen los grupos «del valle del Boyne» y de «fuera del valle del Boyne». Se trata en general de grupos contemporáneos.

Pero la conclusión, es que *el arte megalítico de los sepulcros de corredor del occidente europeo difiere mucho de una a otra región.* Y aunque algunos signos tengan una vasta repartición, los estilos y las composiciones de tales signos son, empero, muy diferentes.

Por esa razón, este análisis del arte megalítico europeo nos refuerza a admitir que el culto o la religión del megalitismo no cabe atribuirse en modo alguno a grandes movimientos de pueblos, sino a influencias bastante tenues cuya naturaleza precisa es difícil de definir hoy en día. *(SHEE, Elizabeth, El arte megalítico de la Europa Prehistórica», en «Actas de las I Jornadas de Metodología aplicada de las Ciencias Históricas». I., Santiago de Compostela, 1975, p. 101-120.)*



*Sepulcro de corredor de Valdemurial, Tubilla del Agua, Burgos (Archivo ICRBC, Ministerio de Cultura)*

*Anverso y reverso de dos idolillos de hueso procedentes de Valencia de la Concepción, Sevilla (Archivo ICRBC, Ministerio de Cultura)*





*Idolos cilindro con decoración oculada,* tatuaje facial, *Suroeste peninsular, Museo Arqueológico, Sevilla (Archivo ICRBC, Ministerio de Cultura)*